APOTEOSIS *a la* DESOBEDIENCIA

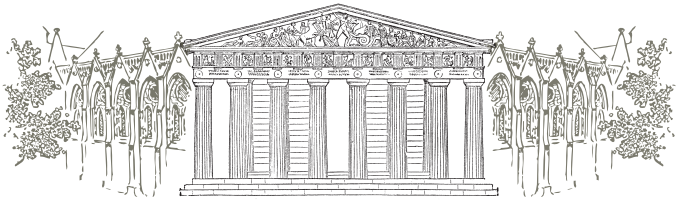
NOTAS PARA UNA FORMACIÓN FILOSÓFICA EN LAS CALLES

Reflexiones antipedagógicas, idílicas y distópicas

JORGE ALBERTO LÓPEZ-GUZMÁN

EDITADO POR
NICOLÁS OROZCO M.

CASA EDITORIAL HORIZONTE INDEPENDIENTE
"LIBROS QUE LLENAN TU PENSAMIENTO"



CASA EDITORIAL HORIZONTE INDEPENDIENTE

"LIBROS QUE LLENAN TU PENSAMIENTO"

Título original
Apoteosis a la desobediencia: notas para una formación filosófica en las calles.
Primera edición: mayo, 2024.
© Casa Editorial Horizonte Independiente

Ilustración de cubierta, mapas y símbolos heráldicos: Departamento de Centro de Diseño RHI.
Editor: Nicolás Orozco M.
Subeditor: Friedrich Stefan Kling.
Aprobado por: Brayan D. Solarte.

Casa Editorial Horizonte Independiente.
En alianza con la Revista Horizonte Independiente.
HORIZONTE INDEPENDIENTE S.A.S.
NIT. 901.404.324

Bogotá, Capital.
Colombia.

ISBN: 978-628-96324-0-8
Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

APOTEOSIS A LA DESOBEDIENCIA

NOTAS PARA UNA FORMACIÓN FILOSÓFICA EN LAS CALLES
Reflexiones antipedagógicas, idílicas y distópicas.

JORGE ALBERTO LÓPEZ-GUZMÁN

CASA EDITORIAL HORIZONTE INDEPENDIENTE
"LIBROS QUE LLENAN TU PENSAMIENTO"

FILOSOFÍA

Mientras por efecto de las leyes y de las costumbres exista una condenación social, creando, en plena civilización, infiernos artificiales, y complicando con una humana fatalidad el destino, que es divino; mientras no se resuelvan los tres problemas del siglo: la degradación del hombre por el proletariado, la caída de la mujer por el hambre, la atrofia del niño por las tinieblas; en tanto que en ciertas regiones sea posible la asfixia social; en otros términos y desde un punto de vista más dilatado todavía, mientras haya sobre la tierra ignorancia y miseria, los libros de la naturaleza del presente podrán no ser inútiles.

—Víctor Hugo

Un filósofo: es un hombre que constantemente vive, ve, oye, sospecha, espera, sueña cosas extraordinarias; alguien al que sus propios pensamientos golpean como desde fuera, como desde arriba y desde abajo, constituyendo su especie peculiar de acontecimientos y rayos; acaso él mismo sea una tormenta que camina grávida de nuevos rayos; un hombre fatal, rodeado siempre de truenos y gruñidos y aullidos y acontecimientos inquietantes. Un filósofo: ay, un ser que con frecuencia huye de sí mismo, que con frecuencia se tiene miedo a sí mismo, pero que es demasiado curioso para no «volver a sí mismo» una y otra vez.

—Friedrich Nietzsche

La educación es el punto en el que decidimos si amamos al mundo lo suficiente como para asumir la responsabilidad por él, y de la misma manera, salvarlo de esa ruina que, salvo por la renovación, excepto por la llegada de lo nuevo y lo joven, sería inevitable. [...] Y también en la educación es donde decidimos si amamos a nuestros hijos lo suficiente como para no expulsarlos de nuestro mundo y dejarlos a su suerte, o para eliminar de sus manos la posibilidad de emprender algo nuevo, algo imprevisto para nosotros, sino para prepararlos por adelantado para la tarea de renovar un mundo común.

—Hannah Arendt

Contenido:

Nota del editor
I

Celebrar la vida (del porqué de este libro)
1

¿¡Para qué estudiar!? (Preámbulo)
6

PRELUDIO
Del sentimiento sublime de estudiar
12

De estudiantes revolucionarios y la generación de los autodidactas
16

De los antiintelectuales y otros demonios
21

Bienaventurados los que leen porque de ellos será el reino de los sueños
26

El poder enigmático de las palabras
30

Agnotología o del culto a la ignorancia: ideas para transformar las aulas de clase
36

INTERLUDIO
Apoteosis a la desobediencia: notas para una formación filosófica en las calles
44

Democratizar la dignidad
48

Soñar en tiempos de miseria
52

De ideas inquebrantables
57

Enseñar es resistir (y la vocación, ¿para cuándo?)
62

¿Yo no sirvo para estudiar?
70

POSTLUDIO

Elogio a la mediocridad
87

Del sentimiento trágico del amor y la muerte
93

La metáfora de la libertad: de la industria de la estupidez y la esclavitud de las redes sociales
98

Instrucciones para detener el tiempo
106

Júbilo a la mentira
111

La (in)finitud de la vida
115

APÉNDICE
120

REFERENCIAS

Nota del Editor

La filosofía ha venido tomando un camino diferente al meramente académico desde hace unos años. Nos hemos visto en la necesidad de adecuarnos a un nuevo sistema de pensamiento que exige nuevos desafíos y nuevas necesidades; entre ellas tenemos el mundo de la comunicación a partir de las calles y llevar a la reflexión social desde un entorno más allá que el de las aulas de clase magistrales y académicas. Es en ese sentido que nace el eje focal de este libro.

El libro nos presenta un compendio de reflexiones en torno a la educación y el pensamiento de un filósofo de la actualidad.

Es ahí donde se presenta el esquema temático: por una parte, tenemos que cada reflexión por individual no acerca a un modo de sospechar o adentrarnos en el contexto actual de un modo de filosofar y, por otro lado, cada sección del libro (entiéndase por el Preludio, Interludio y Postludio) nos pone con una reflexión mucho más profunda al integrar cada una de sus partes. Invito al lector a que centre su atención en un sentido bipartido: reflexione sobre cada apartado con su contenido individual y luego conecte esa idea con los demás para lograr ver el horizonte de pensamiento del capítulo completo. Le aseguro que se encontrará con una gran trama al finalizar la lectura.

Ahora bien, en términos de la edición del libro, varios de los apartados han sido recolectados, modificados y reeditados a partir de varias publicaciones que ha hecho el autor desde sus publicaciones en la Revista Horizonte Independiente. Si bien, las modificaciones no representan un cambio sustancial al de las columnas ya publicadas, si ayudan a interconectar de mejor manera el desarrollo de cada texto individual con el resultado final de cada capítulo.

Esperamos que el texto represente un sentimiento de cambio a la forma de relacionarnos con la educación, el conocimiento y la manera de acercarnos y de llegar a la Filosofía.

Nicolás Orozco M.

A mi padre donde la física y la
metafísica lo hayan llevado.

A mi madre quien me ha enseñado a
vivir como si todo fuera un milagro.

A mi hermana a kilómetros de distancia,
pero con la fe inquebrantable.

A mis estudiantes soñadores y con deseos
de transformar el mundo.

Celebrar la vida (del porqué de este libro)

Escribir no es una profesión sino una vocación para la desdicha.

—Georges Simenon.

El escritor ruso León Tolstói, escribió en su obra autobiográfica *Memorias: Infancia, Adolescencia, Juventud*, que la infancia es una «¡feliz época, época que nunca ha de volver! Y se preguntaba ¿cómo no amar? ¿cómo no mimar los recuerdos? Estos purifican y elevan el alma, constituyéndose en la fuente de los mejores deseos» (Tolstói 60). Hoy, mientras contemplo los escritos de este texto, hago un alto en el camino e intento recordar tantas experiencias y anécdotas que se diluyen con el esfuerzo de la memoria, muy parecido a lo que expresa la canción *Reminiscencias* interpretada por el cantante y compositor ecuatoriano Julio Jaramillo «dicen que con el tiempo los recuerdos se esfuman» (Jaramillo, «*Reminiscencias*»).

Este es un libro para celebrar la vida, así como se celebra la muerte.

Cuando el escritor colombiano Gabriel García Márquez escribía el prólogo de *Doce Cuentos Peregrinos*, relataba que los doce cuentos fueron escritos en un lapso de dieciocho años y que la primera idea que se le ocurrió fue a propósito de un sueño en el que él asistía a su propio funeral con sus amigos, quienes estaban dichosos del reencuentro de tantos años. Al final de la ceremonia todos empezaron a irse y él quiso acompañarlos, a lo que uno de ellos le hizo caer en cuenta que era el único que no se podía ir. García Márquez comprendió que morir es nunca más estar con los amigos, y ahora pienso que, cuando celebramos la vida a través del ritual de la escritura lo hacemos para eternizar los momentos que son fugaces ante la vida.

Pero, qué importa que tanto escribamos desde que el oficio de vivir sea reivindicado todos los días. El escritor colombiano Gonzalo Arango, menciona en su libro *Todo es mío en el sentido en que nada me pertenece*, un bello poema llamado *Trascendencia* en donde señala que:

Nuestro oficio de vivir es ser,
besar el infinito,
trascender;
hacer el verso al universo,

ser flor de luz:
arder.

¿Será que hemos trascendido o por lo menos lo hemos intentado? ¿Será que la vida nos ha atravesado, traspasado o trastocado?

Entre más pasan los años, más hago un reclamo a la lentitud, a los minutos en pausa, al goce de los instantes; aunque por más que se intente, la rapidez, la prontitud y el dinamismo son lo que nos impone la cotidianidad.

En oportunidades nos convertimos en lo que describió el colombiano Andrés Caicedo en la carta de despedida para su madre «en un anacronismo, en un sinsentido» (Caicedo, 16) en una ambigüedad ante el mundo, aunque se podría decir que, esa es la lucha constante: resignificar la vida, celebrándola todo el tiempo, esculpiendo los recuerdos como una oportunidad de resistencia ante el olvido del milagro que es nacer.

A veces quisiera disponer de un lugar donde guardar las remembranzas (que no solo fuera la memoria, pues constantemente nos juega malas pasadas), esas que mantienen viva la evocación de un ser querido y perpetúan las ocasiones entre amigos.

El Premio Nobel de Literatura, John Steinbeck, escribió en su libro *Al este del Edén* un poema dedicado a su amigo el

editor de libros Pascal Covici, en el que manifestaba que le gustaría que le tallara una caja para poner en ella sus dolores, sentimientos y pensamientos.

Al final, cuando terminó de poner sus conmociones, le sorprende que la caja quedó con mucho espacio... creería que para cada persona que conocemos en nuestra vida tenemos una cajita, en muchos ciclos vacía y en otros sin mucho por llenar, hay otras que las dejamos de emplear y otras que están totalmente ocupadas.

Celebrar la vida a través de la escritura, también es celebrar la gratitud y el afecto de quienes nos rodean y, así, no cometer el peor de los pecados de no haber sido felices, como lo escribió el autor argentino Jorge Luis Borges en su poema *El remordimiento* (Borges, Obras completas).

Es de destacar que, entre las filósofas y filósofos que acompañan las reflexiones, cuestionamientos e ideas de este libro se encuentran Arendt, Adorno, Bauman, De Beauvoir, Foucault, Hegel, Horkheimer, Kant, Nietzsche, Marx, Platón, Sartre, Sztajnszrajber y Wittgenstein.

Asimismo, entre las literatas y literatos se encuentran Asimov, Blake, Borges, Bradbury, Cortázar, De Saint-Exupéry, De Unamuno, Dickens, Dostoievski, Eliot, Funke, Gracián, Huxley, Kafka, Melville, Montejo, Orwell, Poe, Saramago, Steinbeck, Storni, Tolstói, Von Goethe, Whitman y Zamiatin.

También se encuentran escritores e intelectuales colombianos como Arango, Caicedo, García Márquez, Gaviria, Mendoza, Garzón, Ospina y Zuleta.

De igual manera, el libro está acompañado de canciones de Calle 13, Enrique Santos Discépolo, John Lennon, Julio Jaramillo, The Beatles y Mozart. Es decir, una mezcla musical que irradia resistencia, esperanza y utopía.

En definitiva, el libro tiene una correlación entre filosofía, literatura, cine, música y pintura. Este libro es una celebración a la vida, un encomio a los miedos y una rememoración sobre el arte de enseñar, al atrevimiento de escribir y la osadía de pensar, aunque principalmente, es un lugar para resguardar las remembranzas.

¿¡Para qué estudiar!? (Preámbulo)

La educación es el único camino para escapar de la esclavitud mental.

—Frederick Douglass.

Si hago una introspección de mi formación académica, de la educación prescolar recuerdo muy poco, de la básica primaria recuerdo los juegos de fútbol con mis compañeros en los descansos y, en el bachillerado, podría dividirlo en dos etapas: el trauma por la carencia pedagógica de algunos docentes y la efervescencia de la adolescencia por empezar a conocer el mundo más allá de las aulas. Mi paso por la universidad fue más gratificante —excelentes notas, incontables tertulias, amor por la literatura y la poesía y un vacío existencial que se iba acrecentando—, los posgrados surtieron su efecto como cualificación laboral e investigativa.

Después de tantos años en las aulas de clase he comprobado que estudiar de manera tradicional e institucional quita tiempo para aprender.

Si hubiera sabido que el principal imaginario para estudiar se reduce a disponer de un título para conseguir trabajo y «realizarnos», hubiera preferido recluirme en mi habitación para leer y escribir y, posteriormente, buscar un trabajo estable. Sin embargo, esa es una postura bohemia, romántica y un poco aburrida.

¡Indudablemente amo estudiar! no solo en un aula o institución. La mayoría del tiempo lo hago a mi modo, sin un currículo impuesto, calificaciones por los conocimientos adquiridos y sin la tediosa tarea de hacer trabajos grupales.

Comprendí con los años que el acto más revolucionario que puede ejercer un estudiante es ser autodidacta. Por eso, si me piden una recomendación: estudiar es apoteósico, pero lastimosamente, las instituciones educativas han matado el gusto por aprender. En algún momento, uno de los mayores autodidactas colombianos, Estanislao Zuleta, escribió que leer debe ser una fiesta, concuerdo con él, pero poniendo de relieve estudiar. Si es así, yo me he mantenido en una constante *fiesta* durante muchos años y me he ido acostumbrando a la resaca que viene posterior a la conceptualización y análisis de las diferentes realidades que nos impone la vida cotidiana y los misterios metafísicos que

no hemos logrado develar.

Aunque la concepción del aprendizaje a través de la lectura y escritura como una forma de vida pueden llevar a un estado natural de angustia, no concebiría la vida sin estudiar, ya sea dentro de un aula o por fuera de ella.

Por eso, ¿¡para qué estudiar!? Para ser libres desde nuestras ideas y pensamientos, que por ahora es un lugar a donde no podrán llegar directamente los dictadores de la duda, los asesinos de ideas y todos esos ideólogos fracasados que manipulan para sobrevivir.

Lo anterior me ha llevado a cuestionarme sobre la compasión e inclemencia de la educación en todos sus aspectos. Por eso, este libro reúne una serie de reflexiones antipedagógicas, idílicas y distópicas —aunque se podría decir que, hay innumerables temáticas que hacen parte de él. Sin embargo, la columna vertebral es el cuestionamiento sobre el aprendizaje dentro y fuera de las aulas de clase.

En cada uno de los escritos me sitúo en los umbrales enigmáticos de las palabras y en los márgenes egoístas de la prosa. Espero que estas reflexiones sirvan para generar angustia, incertidumbre y desasosiego, pero también, un conjunto de alternativas y propuestas para estudiantes, docentes y todos aquellos desobedientes que conciben que las aulas son la vida misma.

Los escritos se dividen en tres secciones titulados: Preludio, Interludio y Postludio que conforman lo que se podría titular como una obra musical atiborrada de ideas coyunturales y manifestaciones críticas.

Parte I
Preludio

Escrito por Jorge Alberto López-Guzmán

Del sentimiento sublime de estudiar

La educación consiste, principalmente, en lo que hemos desaprendido.
—Mark Twain.

Si pudiera comparar la efervescencia ante la levedad de la vida que me ha causado estudiar, podría hacerlo con la mayor enseñanza que le debo a mis padres: el amor por la lectura.

En alguna ocasión, se me preguntó en la primera clase de una asignatura titulada Platón *¿qué es la filosofía?* recuerdo que pensé: «qué pregunta más sugestiva y compleja». Mi respuesta un poco pirómana: «la filosofía es arder en preguntas». Hoy podría decir que mis años de estudio me han conllevado a quemarme en ellas, pero ¡qué gratificante que ha sido!

Mis años de formación académica me han permitido reflexionar que he estudiado *demasiado*, pero no lo suficiente, que la felicidad eterna no recae en el conocimiento, sino en sus diferentes métodos de adquisición, que la reivindicación ante la vida no es el saber más y más, sino la posibilidad de

convertir la razón en un instrumento de cambio ontológico y epistemológico.

Si hubiera sabido que en estos años que me he sumergido entre teóricos de la política, cronistas de la cultura y comentadores de las doctrinas, —la cotidianidad de mi vida iba a tomar un rumbo tan insensato e impasible—, en muchas de mis tertulias rodeadas de café o licor, mi primera recomendación a todo aquel que encontró un sentido cómodo en su vida, es que, se refugié en los libros para que observe lo que los demás solo ven, cuestione lo que se ha normalizado e impugne las obviedades.

La pretensión de estudiar de manera institucionalizada o autodidacta va más allá de entablar una relación gramatical con conceptos sacados de un diccionario o historiografías redactadas en una enciclopedia, son la posibilidad de conjugar nuestras experiencias con la penumbra en la que viven los ignorantes.

Sin exagerar o utilizar superlativos, cada reflexión que ha surgido en mi vida no solo es el argumento de una vivencia inoportuna o de un texto mal leído; más bien, es el corroborar que estamos vivos, que sentimos y nos conmovemos que, a través de las ideas de un conjunto de misántropos, desquiciados y, sobre todo, insurrectos, construimos paradigmas de existencia, de re-existencia; donde cada día más ininteligible encontramos el mundo.

Nuestra cotidianidad es un flujo constante de abstracciones y simbolismos que, consciente o inconscientemente, nos permiten abordar el entorno en el cual nacemos y los diferentes escenarios a los que nos llevará la vida en su trasegar. El haber estudiado el poder político, las prácticas culturales y las ideas filosóficas han transformado mi mente en un ágora de melancolías y esperanzas, poniendo de relieve una apoteosis literaria de conmociones y sabiduría. Por eso, podría ratificar que, estudiar me ha conllevado a un estado natural de angustia.

No concibo vivir sin estudiar desde las múltiples maneras en lo que lo podemos hacer, no creo en una vida sin el reflejo constante de las distopías académicas, sin las reflexiones coyunturales sobre la manipulación política como un arte para gobernar, sin las apologías a la otredad como visibilización de lo diferente y sin la prepotencia de la lógica para entender el lenguaje.

Mi vida desde el sentimiento sublime de estudiar es la vida de todos, es la vida del lector de este libro, de mis exparejas, de mis amigos, de mi padre donde la física y la metafísica lo hayan llevado, de mi madre quien me ha enseñado a vivir como si todo fuera un milagro, de mi hermana a kilómetros de distancia, pero con la fe inquebrantable, de mis estudiantes soñadores y con deseos de transformar el mundo.

Es una vida colmada de nostalgias a medianoche y de desvelos deprimentes, donde encuentro el placer en los libros anticuados, en las clases letárgicas, en el sexo sin amor, en la embriaguez irracional, en las amistades finitas, en la lealtad de mi familia y, sobre todo, en la insurrección de la cotidianidad de la vida desde el sentimiento sublime de estudiar.

De estudiantes revolucionarios y la generación de los autodidactas

Ser autodidacta es el único tipo de educación que existe.
—Isaac Asimov.

En el texto *La Aparición de la Lógica y la Crítica*, el intelectual colombiano Estanislao Zuleta, menciona que Platón curiosamente empieza a teorizar sobre el conocimiento con una reflexión sobre el desconocimiento, entendiendo que la ignorancia no se define como un estado de carencia, sino como un estado de llenura. De esta manera, plantea una metáfora donde explica que, si la ignorancia fuera como el hambre, es decir, un estado de carencia, la educación sería el trabajo más sencillo del mundo, porque sería como dar de comer a un hambriento. Pero, la ignorancia no es una ausencia o una falta, sino un estado de llenura, donde el ser humano se siente pletórico de opiniones y saberes en los que tiene una confianza desmesurada.

La carencia, en este sentido, se produce después de una reflexión en la cual se pone en cuestión las propias creencias

y las formas de pensar que han conducido a ellas. La carencia es entonces un resultado del proceso de conocer y no su punto de partida, existiendo un dominio generalizado de la opinión. Por lo tanto, para Zuleta, el sistema educativo, los maestros y las cátedras deberían combatir la opinión porque esta es la que resguarda contra la angustia de la incertidumbre y no deja reconocer el desconocimiento.

Muchos estudiantes que han sido abatidos por la opinión deberían enarbolar la herramienta más importante de la que disponen: ser autodidactas. Además, de utilizar la duda y la pregunta como instrumentos desestabilizadores de los dogmas. Porque dudar es increpar a todo lo que se hace pasar por autenticidad y, formular una pregunta, significa desmontar una respuesta que ha sido impuesta por el establecimiento. En los términos de Platón citado por Zuleta, puede decirse que enseñar a dudar y preguntar es la tarea principal de la educación, por eso, el primer saber efectivo es el reconocimiento de que lo que se creía saber no era más que una opinión.

En este contexto, entender una concepción revolucionaria de los estudiantes dentro de las aulas de clase es entender que ser autodidactas es la posibilidad de instaurar desde la autonomía de pensamiento y el deseo constante de aprender, el reconocimiento del no saber, donde la academia tenga la capacidad de desbloquear todas las opiniones que se han

encajado como certidumbres, convirtiendo la educación en una suerte de refutación sobre las opiniones.

Como lo menciona el Sócrates de Zuleta no se puede concebir «la enseñanza como la transmisión de conocimiento de un individuo a otro, sino como el proceso donde se ayuda a otro individuo a despejar lo que bloquea su pensamiento» (Zuleta 35-36), si analizamos esto último, este debería ser el rol de los docentes en los colegios y universidades, unos desestabilizadores de la ignorancia.

Las ideas expuestas anteriormente por Zuleta y su referencia a Platón podrían ser una radiografía del sistema educativo actual, principalmente en la educación básica y media de países como Colombia, donde prevalece que los estudiantes estén pletóricos de información o de opiniones descontextualizadas, y no una educación donde se elogie a la pregunta o la duda; más bien, se coloca en un pedestal la memorización de respuestas que exponen aquellos que empuñan el conocimiento desde el conocimiento de alguien más.

La pregunta sería: ¿cómo se puede salir de ese estado de llenura o ignorancia? Desde Platón y Zuleta, se podría decir que es necesario reflexionar y criticar las opiniones a tal punto de cuestionar las propias creencias y formas de pensar que nos han conducido a ellas, esto permitiría un estado de carencia como resultado del proceso de conocer —en

definitiva, serían el punto de partida para pensar por sí mismo. Para precisar lo anterior, se puede retomar *El Sofista o del Ser* de Platón, donde se reflexiona sobre la ignorancia como una manera de creer que sabemos lo que no sabemos, siendo la ignorancia no un estado de desinformación sino un desenfoque sobre nuestro saber. Por consiguiente, para Platón, el exceso de respuestas que tenemos para los problemas es lo que nos impide llegar a conocer.

Zuleta reafirma sus postulados volviendo a Sócrates con su célebre frase de «solo sé que nada sé» porque el primer conocimiento efectivo es reconocer que lo que se sabe no es más que una opinión, porque no solamente es necesario cuestionar, criticar o reflexionar, sino reconocer nuestra propia ignorancia, porque el deseo de conocer implica el reconocimiento del no conocer. De hecho, Sócrates, no concibe la enseñanza como la trasmisión de conocimientos de un individuo a otro, sino como un proceso donde se ayuda a despejar lo que bloquea el pensamiento (opiniones).

Quisiera mencionar que estas ideas son una invitación a ser autodidactas desde las aulas de clase y por fuera de ellas, generando una formación de estudiantes críticos que piensen por sí mismo y no a la edificación de sujetos fastidiados de información y vinculados a un sistema cultural donde sean manipulados inconscientemente. Una educación configurada así, se destacará porque los docentes amarán lo que enseñan

y los alumnos desearán aprender —disfrutando de la adquisición incesante y permanente de conocimiento.

Una educación que fomente la instauración de estudiantes autodidactas estará fomentando una generación de revolucionarios que transitarán de los libros a las aulas y de las aulas a las calles; que concebirán una sociedad democrática que reivindique el derecho a la diferencia, a la otredad, a diferir con la mayoría, generando estudiantes que piensen por sí mismo, que no se limiten a los deseos del «sistema», críticos de lo que les quieren hacer pensar y, esencialmente, ávidos de conocimiento.

De los antiintelectuales y otros demonios

La causa fundamental de los disturbios en el mundo de hoy, es que los estúpidos son presuntuosamente seguros, mientras que los inteligentes estén llenos de dudas.

—Bertrand Russell

En 1980, el escritor de origen ruso, Isaac Asimov, manifestó en su artículo *Un culto a la ignorancia*, una crítica a la premisa que promovía la idea de que la democracia consiste en que *mi ignorancia es tan válida como tu conocimiento*; siendo esta deducción parte de los postulados de una corriente que consideraba a los intelectuales como una élite que conceptuaba y teorizaba sobre el mundo, pero no lo concebían en todo el esplendor de sus diversas realidades.

Pero ¿sería un asunto de voluntad o incapacidad por aprender de quienes han ejercido una glorificación a la ignorancia? ¿será que la intelectualidad necesariamente se mide por la cantidad de títulos académicos, los artículos científicos publicados o el reconocimiento en un área del conocimiento o disciplina académica? (López-Guzmán,

Fetichización del *paper* y capitalismo cognitivo) O, más bien, la capacidad de ejercer una ciudadanía libre e independiente con base en decisiones argumentadas y transformadoras podrán concebirse como las nuevas bases de las intelectualidades.

La moda del antiintelectual consiste es cautivar los deseos de las mayorías con intereses de manipulación, conllevando a una invisibilización de las identidades individuales y convirtiendo a los que reflejan conductas de vitalidad humanística en enemigos útiles para las condiciones de permanencia de los que se enquistan en el poder. El gran inconveniente de nuestro tiempo recae en la dificultad de los seres humanos para edificar escenarios de comprensión basados en objetividad y validez sin la ayuda de alguien más.

Pero ¿qué pasa con aquellos que teniendo acceso oportuno al conocimiento prefieren elegir el derecho a la desinformación? De esta manera, se manifiesta de modo ferviente el rol fundamental que debería tener el fortalecimiento de la educación y la reivindicación de las profesiones esenciales para que sociedades democráticas, libres y críticas sean el baluarte para que niñas, niños, adolescentes y jóvenes puedan ser las generaciones insospechadas que lideren iniciativas que dignifiquen la vida y los territorios.

¿Cuántos de nosotros conocemos qué está pasando con los recursos naturales de la nación, con las problemáticas estructurales en salud o con las muertes sistemáticas en ciertos sectores? En ocasiones la moda del antiintelectualismo es una respuesta inducida por decisiones conscientes o inconscientes de las que posteriormente se culpa a las adversidades. Actualmente, no solo vivimos bajo el yugo de guerras «preventivas» o ideologías de ultraderecha como mantra para gobernar, sino que también nos encontramos ante una pandemia que endiosa la renuncia al intelecto.

Por eso, la importancia de las nuevas generaciones que se vienen apropiando de su destino y sin angustia al cambio empiezan a constituir desde la curiosidad y la creatividad, nuevos liderazgos que se enmarcan en la efervescencia de la renovación y la innovación.

En 1933, el escritor británico, Aldous Huxley, brindó una conferencia en el coloquio sobre *El Futuro del Espíritu Europeo*, organizada en París por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, precursor de la Unesco. Huxley, recalcó que las razones de la popularidad del antiintelectualismo dependen de las adulaciones que los seres humanos encuentran en la pereza y en la facilidad de fiarse de los sentidos e intuiciones. Esta moda de la antiintelectualidad vislumbra que nuestra época oscila entre la seguridad y la incertidumbre, entre la capacidad del ser

humano de valerse por sí mismo y el deseo de encontrar caudillos carismáticos que labren su futuro.

Aunque este no es un problema por la carencia de entendimiento de las obras de expresionismo abstracto del pintor estadounidense Jackson Pollock o *Las Meninas* del pintor del Siglo de Oro español, Diego Velázquez. Más bien, nos encontramos ante un tiempo de desconfianza sobre el conocimiento de expertos, hacia el surgimiento de pseudociencias enarboladas por una felicidad inmediata y sin dolor o, teorías conspiratorias que develan el grado de poder de quienes tienen miles de seguidores en sus redes sociales. En definitiva, nos encontramos ante el imperio de terapeutas *amateurs* y mercaderes del fin del mundo. La pregunta es: *¿Cómo pensarnos otro fin del mundo*? —¿¡Qué tal si retomamos la filosofía, la literatura, la poesía, el arte, la ciencia y la educación!? De seguro, esto contribuiría a no ser acólitos desde una servidumbre ideológica tergiversada que enaltece el oportunismo de gobernantes, partidos o sectas.

Luchar en contra del antiintelectualismo requiere pensadores y no creyentes, analistas y no adeptos, investigadores y no seguidores —una nueva generación de niños, niñas, adolescentes y jóvenes sin miedo de *comerse* el mundo. El objetivo es fundar una transformación donde no se niegue el pensamiento del otro, no se estigmatice al que propone desde su diversidad y, los que actúan bajo un

parasitismo indiferente, se atemoricen ante la posibilidad de perder su protagonismo. En conclusión, esta es una invitación a la osadía de pensar en el marco de la diferencia, a la reflexión puesta en contexto y a los cuestionamientos que proponen reformas a profundidad.

Bienaventurados los que leen porque de ellos será el reino de los sueños

Por el grosor del polvo en los libros de una biblioteca pública puede medirse la cultura de un pueblo.
—John Steinbeck

Cuando mi padre le obsequiaba libros a mi madre, siempre le escribía en la primera página «recuerda que la lectura es un atributo de la personalidad». Este escrito es dedicado a él, entendiendo que leer es un acto de rebelión, es un acto de resistencia, leer es develar la intransigencia de la autoridad y su manipulación sobre el inadvertido, el somnoliento, el aletargado. Leer es desobediencia. Leer provoca cuerpos y mentes insurrectas con la capacidad de trasmutar tejidos operados desde la normalización de la cotidianidad.

Quien lee es arrojado a un océano de dudas, de localizaciones inexploradas, de sentencias apócrifas, de lugares no comunes e introspecciones inesperadas. Leer es entender nuestra faceta distópica del avanzar en la desesperación de la ingenuidad. Leer es morir a tiempo. Es

encontrar la justificación congruente entre el desastre conformista del acto de respirar, con salir a las calles y arrojarse al mundo.

Lee el inconforme, lee el disruptor, lee quien es osado y desconfía de las tenues noches sin brisa, de los silencios perpetuos, de las palabras sin doble sentido, de las caricias sin morbo. Lee quien no calmó su llanto al haber nacido. Lee quien la imaginación se le desborda, quien disfruta de las situaciones límite, quien anhela sin recelo al dolor, quien posee en libertad.

Lee quien muere cada noche y renace con el goce de las mañanas. Lee el nostálgico, el que hace catarsis sin la insolvencia del destino. Lee el sensible ante la miseria de la existencia, ante lo sublime del amor, ante la arrogancia del jerarca. Leen los idealistas con esperanza.

Leen los disidentes, los inescrupulosos, los lucidos. Leen los que cuestionan su posición cómoda ante la historia, los que reflexionan sobre las certidumbres, los que luchan incansablemente por la enajenación producida en los albores de su nacimiento. Lee quien es capaz de conquistar riesgos sin temor a la pérdida, quien enaltece su presencia a través de aptitudes desgarradoras con la ortodoxia, con los dogmas mezquinos que invisibilizan los placeres, con la integridad hipócrita de quienes se sostienen en un altar.

Lee quien no tiene miedo a perecer y soporta la realidad impuesta por quien ostenta el poder. Lee quien se pelea con su infortunio, quien acepta el devenir en medio de la costumbre. Lee quien saborea la sensación del olvido y el servilismo de la soledad, donde las miradas ajenas son permisivas ante la irresponsabilidad de quien camina de la mano de un libro.

Quien te invite a leer es un sedicioso despiadado, sin saberlo te instiga a sublevarte contra las doctrinas costumbristas que han regido tu ficción y que te han impedido concebir las múltiples circunstancias que se fundan por fuera de tu habitación.

Busca una compañera o compañero a quien el deseo incesante de leer se le aprecie en su capacidad de extrañeza ante la regulación de la vida; encuentra en ella o él la posibilidad de cohesión para incitar al cambio que la creación merece, sonrían en conjunto y transiten sin turbación al horizonte establecido que nos han incrustado sin consentimiento y, sin temor a lo imperfecto, conviértanse en lo que creyeron impropio, en lo indeseado, sean la satisfacción de quienes no se atreven a soñar. Y si en algún momento sus destinos se separan recuerden las lecturas realizadas o las bibliotecas construidas.

Síguele la corriente a quien te invite a leer porque siempre se regocija por las conmociones suscitadas después de probar

los mecanismos de cambio, liberados en medio de las letras y auspiciados por la buena compañía. Lee para que percibas la belleza de la agonía y el dolor que se proclama día a día con certeza al atropello.

Leen los que tiemblan ante una vieja fotografía familiar, una carta hecha con una hoja de cuaderno, una canción dedicada en los años de infancia, un recuerdo de un beso en la finitud de la inocencia. Leen quienes perciben los pequeños detalles en un trascurrir de segundos. Leen quienes se deleitan en los laberintos de una biblioteca, quienes se detienen en las calles trascurridas sin importar la coacción de un reloj, quienes prefieren los albores de una tienda vieja de libros con dedicaciones ilegibles.

Leen quienes se aventuran a viajar sin un tique de transporte, quienes confiesan sus manías sin prejuicio a ser juzgados, quienes recopilan frases y las ordenan en su mente, quienes fracasan sin arrepentimiento a los tribunales manifiestos. Lee el que no tiene miedo a los conjuros que pueden proceder de una buena lectura y que terminan por cambio el destino de tu vida.

¡Lee! porque eso incomoda a quienes te desean sin la beatitud del cambio, sin el sentimiento de exaltación de construir con base en tus fantasías atípicas de lector neófito o experto en letras.

El poder enigmático de las palabras

Hay quienes no pueden imaginar un mundo sin pájaros; hay quienes no pueden imaginar un mundo sin agua; en lo que a mí se refiere, soy incapaz de imaginar un mundo sin libros.

—Jorge Luis Borges

El filósofo e historiador escocés Thomas Carlyle es citado en el inicio de cada uno de los libros de la colección bibliográfica *W. M. Jackson*, mencionando que «la verdadera universidad hoy en día son los libros» porque nada se aprende de una mejor manera que aquello que se aprende por sí mismo; además, porque esto exige un esfuerzo personal de pasión por el conocimiento y búsqueda insaciable por la recuperación de la curiosidad y capacidad de asombro que el trasegar de la vida nos quita.

Es indudable que los libros se han convertido en las herramientas bajo los cuales se establecen los cimientos del conocimiento humano sobre los márgenes de la existencia; como lo manifestó el escritor español del Siglo de Oro, Baltasar Gracián en su texto *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, «solo vive el que sabe» (Gracián 7), porque el

saber permite conocer y apropiarse de las vicisitudes del mundo que determinan las utopías por las que soñamos.

Aunque, qué angustiante podría ser el conocimiento, nos trasladaría a un estado de sumisión o insurrección ante la vida, como lo diría el *Fausto* de J.W. Goethe, mencionando que ha estudiado a fondo distintos saberes que lo han llevado a un estado de locura y sabiduría que, posteriormente, lo llevaron a reflexionar en que nada podemos saber, esto alude, al cuento de Edgar Allan Poe, *El poder de las palabras* donde se afirma que «la felicidad no está en el conocimiento, sino en su adquisición y que la beatitud eterna consiste en saber más y más, pero saberlo todo sería la maldición de un demonio» (Poe 397). Es innegable como lo diría Fausto, no hay saber razonable que pueda enseñar algo capaz de mejorar y convertir a los seres humanos, entendiendo que el conocimiento, en muchas ocasiones, no nos hace libres, sino que nos vuelve esclavos de nuestra propia arrogancia.

Las palabras escritas pueden fungir como liberación o maldición porque cada una cumple un rol en la vida de quien las escribe, de quien las lee, de quien las replica y de quien las ejemplifica, como lo menciona la escritora alemana Cornelia Funke en su libro *Corazón de Tinta*, «Las palabras son inmortales... Salvo que llegue alguien y las queme. Pero incluso entonces siguen siendo inmortales» (Funke 313).

Por eso, las palabras escritas son la representación de los enigmas de la vida. Lo anterior conmemora una de las historias de Eduardo Galeno en *El libro de los abrazos*, donde cuenta la historia de *La casa de las palabras*, ahí describe que las palabras se guardaban en viejos frascos de cristal donde los poetas las olían y probaban en busca de palabras que no conocían o que habían perdido, lo que me hace preguntarme ¿cuántos de nosotros tenemos todavía la sensibilidad para probar palabras nuevas o deleitarnos con las que ya hemos probado y nos volvemos a encontrar?

Y pensar que cada libro leído es un mundo descubierto porque las palabras escritas permiten demoler el narcisismo superfluo de creer que nuestras opiniones o problemas son importantes porque cuando leemos entendemos que el mundo es más grande que nuestro pensamiento, lo que se asemeja a lo plateado por el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein en su *Tractatus Logico-Philosophicus*, donde indica que, «los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo» (Wittgenstein 7), estableciendo la correlación que pueden llegar a tener las palabras leídas con la apropiación de nuestro mundo más allá de las barreras internas que impone la ignorancia.

No se equivocó el escritor colombiano Alejandro Gaviria cuando en la introducción de su libro *Siquiera tenemos las palabras* donde declara que vivimos una época inquietante y

contradictoria; algo inevitable sería no pensar en que los tiempos no han cambiado y que algo que nos puede salvar ante el ocaso espiritual y ambiental que vivimos podría ser el poder enigmático de las palabras, lo que inmortaliza la entrevista realizada por Rita Guibert a Julio Cortázar donde este manifiesta que:

> Estamos al borde del vértigo, de las bombas atómicas, acercándonos a las peores catástrofes, y el libro solo me parece una de las armas (estética o política o ambas cosas, pues cada cual debe hacer lo que le dé la gana mientras lo haga bien) que todavía puede defendernos del autogenocidio universal en el que colaboran alegremente la mayoría de las futuras víctimas. (Cortázar, párr. 13)

Cortázar y Dickens reflejaron el precipicio al que avanzamos cada día por nuestra avaricia por el poder, la destrucción masiva de la naturaleza, el avance incontrolable de la inteligencia artificial, la mercantilización del conocimiento científico, la deshumanización a gran escala de los profesores, la desaparición sistemática de la empatía y el control masivo de las pantallas sobre las conciencias de los seres humanos; vivimos una época donde *El gran hermano* del libro *1984*, de George Orwell, es nuestro Dios, nuestro líder.

Preferimos ver un vídeo de treinta segundos que leer un texto de trescientas páginas porque es más sencillo, más

cómodo y no nos quita tanto tiempo para seguir una vida donde las palabras escritas desaparecen y su enigmático valor se desvanece. Por ende, es importante reivindicar el rol de los libros porque leer brinda un poder invisible a través de la relación entre los libros y el lector, donde la fuerza de las armas bélicas se debilita por la creatividad del escritor a través de la magia de las palabras y, así, como lo diría el escritor colombiano Mario Mendoza en su texto *Leer es resistir*, «leemos para modificarnos a nosotros mismos, porque la literatura nos enseña a salir del yo y a ver el mundo desde los ojos de nuestros semejantes» (Mendoza, 26).

Todo lo mencionado anteriormente me recuerda a la película *La sociedad de los poetas muertos*, donde John Keating (Robin Williams) les menciona a sus estudiantes que:

> No olviden que a pesar de todo lo que les digan, las palabras y las ideas pueden cambiar el mundo (...). Les contaré un secreto: no leemos y escribimos poesía porque es bonita. Leemos y escribimos poesía porque pertenecemos a la raza humana; y la raza humana está llena de pasión. La medicina, el derecho, el comercio, la ingeniería, son carreras nobles y necesarias para dignificar la vida humana. Pero la poesía, la belleza, el romanticismo, el amor son cosas que nos mantienen vivos. (Peter Weirm, 1989)

En definitiva, el poder enigmático de las palabras posibilita transmutar las inclemencias de la muerte, cuestionar los privilegios que hemos heredado y arrebatado y reflexionar sobre las severidades del destino. Leemos porque a pesar de la cantidad de amigos imaginarios, *likes* o *corazones* sobre nuestras fotos y aprobación frívola de nuestras opiniones, nos sentimos solos y las palabras escritas nos brindan la compañía que pasamos la vida buscando.

Agnotología o del culto a la ignorancia: ideas para transformar las aulas de clase

El primer paso de la ignorancia es presumir de saber.
—Baltasar Gracián

Friedrich Nietzsche, al final del prólogo del libro *Aurora*, manifiesta que aquello que puede desesperar a los seres humanos es que se apresuren. Es decir, esos que andan de afán, que la vida no les interpela por su narcisismo rampante, que les impide conocerse a sí mismos porque solo quien haya alcanzado el conocimiento de todas las cosas podrá conocerse a sí mismo, pero ¿cómo conocer con una educación en la que nos imponen a la fuerza la memorización de la vida en lugar de llenarnos primero de la desesperación del desconocimiento?

Esta pregunta rememora los postulados del intelectual colombiano Estanislao Zuleta en el texto de recopilación de sus entrevistas, *Educación y Democracia*, donde manifestaba que la educación que nos brindan no concibe al estudiante como un igual y menos como un pensador, convirtiendo en

dogma el conocimiento hegemónico (López-Guzmán, Hegemonía del conocimiento académico) y en clérigos a los profesores, generando que la educación y sus representantes hayan ahorrado la angustia de pensar y, en definitiva, de preguntar, y todo ser humano racional es un ser humano desadaptado porque al preguntar piensa y cuando piensa desestabiliza los dogmas que le han configurado su vida y le impiden ser libre, porque como lo señalaría el filósofo francés, Jean-Paul Sartre, «estamos condenados a ser libres» (Sartre, *El existencialismo es un humanismo,* 5) y este tipo de educación nos ha quitado la posibilidad de alcanzar la libertad.

Más aún, cuando el dogma no solo es edificado por el conocimiento institucionalizado, sino que, se recrea como un tipo de ignorancia; así como lo manifiesta el filósofo colombiano Nicolás Orozco M., explicando cómo la ignorancia condena y rechaza gran parte del conocimiento existente, imponiendo una suerte de lógicas que se encuentran ligadas a la construcción de la moral como una herramienta que determina nuestros comportamientos y discursos en contextos sociales, políticos y académicos, lo que nos lleva a perder el sentido de la propia vida en tanto que los sujetos se sienten incapaces de conducirse por las limitaciones que asigna el «deber ser» de su moral y el endiosamiento al que han llevado su ignorancia imposibilitando una educación para la liberación.

La educación no puede seguir eludiendo su culpabilidad al castrar la curiosidad y la capacidad de asombro de los seres humanos, siendo el principal factor para el aprendizaje desear conocer y amar lo que se conoce; por eso, para ser un «buen profesor» debemos convertirnos en promotores del deseo por el conocimiento, porque el problema fundamental de la educación es combatir la ignorancia, y, así, los estudiantes puedan salir de la *indigestión* que genera la confianza desmesurada en opiniones superficiales. Recordemos la famosa frase atribuida a Sócrates «solo sé que nada sé», porque no es una frase que determine falsa modestia, más bien, es un no saber, producto de un reconocimiento introspectivo de lo que se creía saber, pero que no era más que una opinión.

Imaginemos una educación donde los profesores promuevan el no saber para descubrir el saber, los estudiantes estarían deseosos de conocer.

En este contexto, enseñar es incitar a amar el proceso de conocer, todo lo demás son prácticas anacrónicas de memorística, manuales descontextualizados acríticos y pseudoprofesores sin vocación. Así, los estudiantes podrán encontrar su libertad y dejarán de percibir como amos a sus profesores, librándose de las cadenas que la ignorancia les ha impuesto; como lo expresaría T.S. Eliot en su poema *El primer coro de la roca*:

Todo nuestro conocimiento nos acerca a nuestra ignorancia,
Toda nuestra ignorancia nos acerca a la muerte,
Pero la cercanía de la muerte no nos acerca a Dios.
¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir?
¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?
¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?
Los ciclos celestiales en veinte siglos
Nos apartan de Dios y nos aproximan al polvo.

T.S. Eliot se pregunta por la pérdida de sabiduría y conocimiento a manos de la información porque vivimos una época como lo subrayó el escritor colombiano William Ospina en su libro *La lámpara maravillosa*, «se cambia costumbres por moda, conocimiento por información y saberes por rumores» (Ospina 16). De esta manera, la tarea de la educación es entender que los estudiantes no son cántaros vacíos que hay que llenar de conocimientos, son cántaros llenos que hay que vaciar de tantas certezas legitimadas por opiniones sin fundamento y reemplazar de preguntas provechosas que les permita desear conocer.

El problema es que hoy en día, no estamos aprendiendo a razonar, a argumentar y, ni siquiera, entendemos lo que leemos; como lo menciona Ospina, los libros son fundamentales para «no correr el riesgo de que las peores cosas se aprovechen de nosotros como la codicia, la prisa, el

estruendo, la cólera y, sobre todo, el tedio» (Ospina 92) y, porque no decir que podríamos contraer el resentimiento, la misantropía, el egoísmo y la ira.

Por lo tanto, es importante comprender como lo manifiesta Estanislao Zuleta en su ensayo *Sobre la lectura* que leer es un campo de batalla, y en toda batalla, hay pugnas, resistencias y aprendizajes. Si comprendiéramos la lectura de esta manera, también, la educación cambiaría y podríamos destruir las aulas tradicionales de clase porque como lo indicaba el profesor colombiano, Julián de Zubiría, en el prólogo del libro *La importancia de hablar mierda. O los hilos invisibles del tejido social*, actualmente, «cualquier joven podría saber más que Aristóteles, pero no por ello piensa mejor porque para pensar se requiere tener una pregunta previa» (de Zubiría 10), convirtiendo la educación en un escenario para pensar mejor.

Si la educación fuera entendida como muchos intelectuales lo han hecho, los colegios y universidades como lo reseñó el escritor colombiano Alejandro Gaviria en su libro, *En defensa del humanismo*, combatirían las mentiras convenientes, las ideologías engañosas y los discursos de odio, porque la educación es un refugio para reflexionar sobre el mundo que, posteriormente, nos engulle sin piedad.

Porque el aprendizaje es un acto personal y político que nos permite mantener la curiosidad y capacidad de asombro por el

mundo, así como lo enuncia el filósofo argentino Darío Sztajnszrajber en su libro *¿Para qué sirve la Filosofía?* así podremos «colocarnos en un lugar de extrañamiento frente a todo lo que nos rodea, frente a todo lo que se nos presenta como obvio» (Sztajnszrajber 26), desenmascarando lo cotidiano para ingresar en la penumbra del asombro y podamos soñar con transformarlo, porque como cierra su libro Alejandro Gaviria, «hay que celebrar los sueños, porque quien no sueña no solamente está más sano, sino que será también, en el sentido más profundo, más humano» (Gaviria 125).

Parte II
Interludio

Escrito por Jorge Alberto López-Guzmán

Apoteosis a la desobediencia: notas para una formación filosófica en las calles

Existe el destino, la fatalidad y el azar; lo imprevisible y, por otro lado, lo que ya está determinado. Entonces como hay azar y como hay destino, filosofemos.
—Séneca

Este escrito está dedicado a los jóvenes que han desafiado su destino a través del quehacer cotidiano de crear y recrear conocimientos «otros», epistemologías barriales y ontologías marginales. Estos fragmentos recrean las múltiples maneras en que han resistido desde las calles, aterrizando la formación filosófica al mundo terrenal.

Aquellos jóvenes que desobedecieron fueron tildados por el imperio de la autoridad como desadaptados por pensar por sí mismos y por ponerse en el lugar del otro, representando esa formación filosófica que en 1978 había descrito Estanislao Zuleta en la Universidad Libre de Bogotá; ahora las aulas son las calles y el objetivo no es una nota o un pergamino, es la transformación de un país que moviliza dignidad.

Esta generación no se angustia por no saber, sino por saber demasiado. No aclaman monólogos redactados en las páginas de los libros o discursos que enaltecen el odio; se encuentran poniendo en cuestión la forma en la que han vivido por años, —y no solo ellos, también sus familias—, han perdido el miedo al saber dogmático y el respeto por los ideólogos, —ha brotado una multitud de inadaptados al «sistema»; y esa educación tradicional e institucionalizada de la que habían hecho parte o habían escuchado (la que reclutaba inquietos y creativos y los bautizaba en una profesión), ha venido disipando su legitimidad porque ellos ya no quieren estar condicionados por el mercado, ni resignados al mundo que les ha tocado vivir, (se encuentran hastiados de los indigestos que han gobernado durante décadas gracias a los apellidos de sus antecesores).

Los intelectuales de café, los doctrinarios de pasillo y los clérigos del fin del mundo se dieron cuenta que no eran los profetas del saber, que la generación a la que se enfrentan, no solo está impulsaba por la indiferencia sistemática, sino que cuentan con una herramienta revolucionaria —se han vuelto autodidactas—, y en su quehacer en las calles dan lecciones a un modelo educativo que prioriza los resultados y la memorística, por encima de la problematización y la angustia que genera la duda y la pregunta, y que permiten la transición social y el cambio cultural.

Enseñar a pensar por sí mismo se volvió la vacuna contra la ignorancia, es impregnar de reflexión y curiosidad cualquier escenario de la vida, —incluso cuando las aulas se vuelven la vida misma. Los jóvenes comprendieron que la obtención de la libertad depende en gran medida de convertirse en desadaptados al «sistema», que no solo promulguen una experticia sin contexto, sino pasión en el combate que es la vida.

La formación filosófica anunciada por Zuleta, se ha desbordado a las calles, está siendo enseñada por aquellos que aman lo que hacen, a quienes desean saber más. Estudiantes, profesores, comunidades locales, líderes sociales, campesinos, barristas de fútbol, «vecinos» de los barrios, madres cabeza de familia, toda una sociedad, grita arengas de resistencia, danzan al son de una cumbia, pintan grafitis que adolecen de museos, escriben manifiestos sin editorial, entonan canciones que reivindican la patria. Convirtiéndose en la representación de sentidos de humanidad y responsabilidad democrática que exigen el derecho a la diferencia, a la otredad, a diferir con la mayoría, y se configuran como el *aguante* ante los disparos de intolerancia que se encuentran silenciando las voces de aquellos desobedientes.

Los que no saben quiénes dan las órdenes, es que la dignidad se volvió pandemia y que las palabras del

expresidente chileno Salvador Allende, se están cumpliendo, porque ser joven y ser revolucionario, ya no es una contradicción.

Democratizar la dignidad

Siempre está muy oscuro antes de las tinieblas totales.
—Connie Winkler

Entre el año 2020 y 2021, muchos ciudadanos latinoamericanos, principalmente jóvenes, perdieron el miedo a morir por un virus que recorría el mundo y generaron un *Estallido Social* donde reivindicaron su impronta ante la vida. Tales hechos visibilizaron que habían perdido el miedo a morir en manos de un virus o la fuerza pública, con tal de no seguir viviendo como sus antepasados. Este escrito es una etnografía de lo que se vivía en las calles por parte de quienes resistieron a tales hechos, eran llamados *La primera línea*.

Sus escudos variaban desde fragmentos circulares de señales de tránsito, la parte metálica de recipientes cilíndricos, hasta diseños o fragmentos cuadrados con material de madera, zinc, plástico, hierro o acero. Algunos están pintados con los colores de la bandera del país que por décadas ha negado a los jóvenes que los portan, otros con un

grafiti que simboliza lo trágico de vivir en un lugar en donde no solo se muere por un virus, sino por el hambre y la indiferencia. Los escudos también llevan iniciales o palabras que a la luz del ignorante solo son un trazo en un fondo inquebrantable, pero para *La primera línea*, personifica el clamor de un nuevo amanecer.

Sus manos lesionadas y dedos maltratados reflejan el desgaste que sus guantes no pueden cubrir; sus cascos —algunos con la identificación de su tipo de sangre— y sus gafas los protegen de la indolencia del tirano; sus máscaras les han permitido respirar en el ahogo distópico que se vuelve cotidiano. En las madrugadas cualquier frazada es la excusa para sobrevivir a la hipotermia mientras se recrean reminiscencias a la luz del agotamiento como protagonista.

Cuando la agitación disminuye, las huellas de su ímpetu se exhiben en la astucia certera de aquellos que proyectaron su enajenación en objetos mordaces capaces de exterminar sueños —por eso, para seguir soñando, deben seguir despiertos. Los impactos recibidos son el reflejo de la delgada trinchera entre la vida y la muerte, la osadía y la ignominia, la realidad y la hipocresía que pocos reconocen, porque la única línea divisoria que imaginan es la fabricada entre sus pantallas y las calles.

Se alinean de manera milimétrica mientras el embate desproporcionado entre piedras y municiones se funden en un

escozor de heroísmo y cobardía. Son hijos de los barrios y comunas que la dirigencia solo visitó en tiempo de promesas, los mismos que el sistema educativo no ha incluido en sus listas de asistencia, y que para el sistema de salud oscilan entre indicadores de mortalidad y de tutelas.

La primera línea se ha convertido en la democratización de la dignidad: madres primera línea, profesores primera línea, estudiantes primera línea, abogados primera línea, clérigos primera línea, todos enalteciendo su salvaguardia ante la atrocidad desbordada de los que empuñan las armas instaurando la resistencia como la fuente ética de voluntad y obstinación.

Muchos de los que los han visto proteger a los que se movilizan con arengas se identifican con ellos. Los más pequeños imitan sus vestiduras, los mayores aplauden desde sus ventanas, los padres les agradecen por su lucha y los jóvenes los admiran por su arrojo y valentía.

Como lo debería decir un nuevo himno: *son jóvenes inmarcesibles que pasarán a la posteridad con un júbilo inmortal, porque han derramado su sangre para que cese la horrible noche y surja una libertad sublime.*

Vieron a sus compañeros perder los ojos, recibir heridas mortales y proferir su último suspiro mientras mueren. La autoridad pensaba que eso los iba a amedrentar, pero no se dieron cuenta de que eso les ha brindado el aliento para

seguir batallando durante meses ante el desprestigio proferido por los aparatos ideológicos, la criminalización del establecimiento y la estigmatización por parte de un grupo de personas que, amparados en la fuerza, disparan desde la comodidad de sus vehículos.

Su flagelo es transmitido por medios alternativos e internacionales, las redes sociales se han inundado de vídeos en directo que parecen filmes de terror, los *hashtags* son virales en todo el mundo. Hay quienes los increpan por su accionar y los colocan en la palestra, desconociendo que durante numerosas jornadas no han sabido de sus familias ni tampoco han probado una bebida caliente, y mucho menos descansado en una cama; cada día solo esperan amanecer vivos para seguir combatiendo, no solo por ellos, sino también por aquellos a los que nunca les ha faltado nada.

Resignificaron las ciudades —avenidas, portales, puertos y calles— con un apellido meritorio de ser incluido en las cartografías: «Resistencia». Las ollas comunitarias y los campamentos artesanales se han convertido en los baluartes para la reivindicación de ideas y la conformación de familia. Y como lo expresaría el famoso cantante puertorriqueño: «A brindar por el aguante» (Calle 13 «El Aguante») porque *La primera línea* representa a todos los que no han podido encontrar una forma para existir y re-existir y que, por lo tanto, no han podido enumerar el mundo.

Soñar en tiempos de miseria

¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.

—Pedro Calderón de la Barca

Imaginemos un mundo saturado de sueños, un mundo colmado de utopías, imaginemos un mundo como lo vislumbrada John Lennon en su canción *Imagine*, un mundo sin miedos, sin hambre, un mundo de sueños. Pero ¿solo podemos imaginarlo?

El ser humano ha muerto, como lo postula Michael Foucault al final de su libro *Las palabras y las cosas: una arqueología de las Ciencias Humanas*, ha ido desapareciendo su *Condición Humana* como lo expone Hannah Arendt, ha sido desencializado a través de la abolición de sus sueños y fantasías, ya no entrevé la utopía, esa utopía que describía Tomas Moro o la que explicaba el cineasta Fernando Birri y que le atribuyen a Eduardo Galeno, esa utopía que está en el horizonte y que sirve para no dejar de caminar.

La especie humana ha dejado de disfrutar el idilio bohémico

que se vivió en la *Bella Época Francesa* (1870-1914), que se reflejó en las novelas agresivas de Ernest Hemingway, en la representación modernista de Scott Fitzgerald, en el cubismo de Picasso y en el surrealismo de Dalí. Ese idilio que se apartaba de lo convencional y privilegiaba el arte y la cultura; ha perdido la pasión por lograr sus objetivos, por reivindicar su existencia, no se conmociona de su realidad como Ireneo Funes, Juan Dahlmann, Emma Zunz, Pierre Menard o Tadeo Isidoro Cruz, personajes literarios de los cuentos de Jorge Luis Borges.

La especie humana ya no es arriesgada, obstinada, tiene miedo al fracaso, no tolera la crítica, se ha vuelto un ser humano débil, fracasado como lo menciona Friedrich Nietzsche en *El Anticristo: maldición sobre el cristianismo*, un ser humano sin sustancia, que no evoluciona, que no ha sufrido una conversión como Gregorio Samsa, el personaje Franz Kafka en *La metamorfosis*, es un ente sin alma, sin espíritu, con odio y rencor, como lo diría Julio Cortázar en su cuento *Carta a una señorita en París*, un ser humano que vomita conejitos, siendo esos conejitos la crisis del ser humano moderno. Un ser humano rodeado por guerras, enfermedades, pobreza, miseria, ignorancia, sometimiento; patologías sociales legitimadas por la ciencia, la religión y la política como lo expondrían los filósofos Max Horkheimer y Theodor Adorno en su libro *Dialéctica de la Ilustración*.

Ese es el ser humano de hoy, un ser humano infeliz en *Un mundo feliz* como lo describe el libro de Aldous Huxley, ese ser humano con nauseas como lo diría Jean-Paul Sartre (Sartre, La Nausea), un ser humano enajenado por la sociedad, la academia y las redes sociales. Ha sido contagiado por una enfermedad sin cura, que carcome las ideas alternativas, los argumentos diferentes, que corroe la valentía, el coraje, la intrepidez y el arrojo.

El actual, es un ser humano estúpido, está atravesando una enfermedad inmaterial que domina y asesina sin dejar rastro alguno, esa llenura ante la ignorancia como lo diría el filósofo Platón en su texto *El Teeteto*, ya no puede ni imaginar la felicidad como lo plantea Estanislao Zuleta en su famoso ensayo *Elogio de la Dificultad*.

En definitiva, es necesario desligarse de esa alienación para pensar y reivindicarnos como seres humanos, como especie humana, suprimir esas cadenas que amamos como lo señalaría Fiódor Dostoievski, esas cadenas invisibles, como lo indicaría Karl Marx y Friedrich Engels en el *Manifiesto del partido comunista*, no tenemos nada que perder, pero sí un mundo por ganar.

Debemos soñar, implantar en nuestras vidas el *Derecho a soñar* como lo plantea Eduardo Galeno y reivindicar la esperanza en cada paso que damos, porque es la única manera de avivar nuestras vidas cuando hemos muerto en

ellas y, así, validar esos sueños y esperanzas, cumplirlos y seguir adelante sin importar las barricadas que nos imponen al nacer. Por eso, pensemos en lo siguiente: aunque los libros son el argumento para comprobar nuestra existencia, en tiempos miserables como los actuales, ya no es necesario quemarlos como en la Edad Media o como lo recrea Ray Bradbury, en *Fahrenheit 451*, porque no leemos. Sin embargo, en ellos recae la posibilidad de cambiar nuestra historia. Porque al leer podremos resistir como lo expone el escritor colombiano Mario Mendoza. Leer es un acto de insurrección. Ir a una biblioteca pública, comprar un libro en los andenes de las calles o buscarlo en formato digital y tener la paciencia de leerlo es una forma de sublevarse ante las imposiciones y violencias simbólicas y físicas que ejercen sobre nuestras mentes, ¿cómo no atraernos un libro que vislumbra las más aterradoras verdades con las que nos manipulan, donde el sentimiento de culpa ante nuestra pasividad no es más que un reflejo de nuestro mísero conformismo ante la vida?

Y finalmente, recordemos que, nacer es un acto de rebelión. Todos tenemos la semilla de la insurrección implantada en nuestro organismo y, por eso, hay que trascender cualquier muralla que nos impida cumplir nuestros sueños, porque desde cualquier lugar en este mundo, existe la posibilidad de transformar lo que se ha edificado en forma de cadenas para

impedir nuestra libertad.

Leamos, soñemos y existamos, porque así tendremos la esperanza de un mundo mejor que, seguramente, es el mayor miedo de quienes nos oprimen.

De ideas inquebrantables

Yo creo en la vida, creo en los demás.
Creo que este cuento hay que lucharlo por la gente.
Creo en un país en paz, creo en la democracia, creo que lo que pasa es que estamos en malas manos, creo que esto tiene salvación.
—Jaime Garzón

En medio de tantas marchas por la vida, de tantas convocatorias de reconciliación de nuestros compatriotas, que en realidad anhelan casi unánimemente la paz, hay que recordar a aquellos que tienen actualmente responsabilidades políticas que estamos todavía a tiempo de emprender una gran política destinada a combatir la injusticia que caracteriza nuestra sociedad inspirada en la filosofía de los derechos humanos: respeto por el otro, por su vida, por una vida con dignidad y con esperanzas, que significa en nuestro caso prioridad absoluta a la reintegración y recuperación de todos aquellos que nuestra forma de desarrollo económico ha dejado, como se dice, al margen de la realización de sus posibilidades humanas.
—Estanislao Zuleta.

Entre 1996 y 1997, el humorista, crítico e intelectual colombiano Jaime Garzón ofreció conferencias en la Universidad de Caldas, Universidad Nacional de Colombia y la Universidad Autónoma de Occidente y en ellas manifestó una serie de reflexiones sobre educación, democracia y la idiosincrasia colombiana. Estas reflexiones podrían haber sido parte de una de conversación que él hubiera podido tener con el intelectual colombiano Estanislao Zuleta (Colombia: Violencia, Democracia y Derechos Humanos y Conversaciones), teniendo en cuenta que, este último, en diferentes conferencias o entrevistas que se encuentran en libros de recopilación invita a repensar el sistema educativo, a estudiar las dinámicas de ordenamiento político y a increpar los alcances y limitaciones de la intuición humana.

Si bien, pensar en una conversación sobre la educación o el sistema educación entre estos dos personajes podría empezar con que, para Garzón, la universidad es el mejor espacio que uno tiene en la vida, es la etapa más rica de la existencia, es la universalidad del conocimiento —hasta que llegaron los profesores— planteamiento que Zuleta en muchas de sus intervenciones podría haber acotado cuando criticada la educación tradicional e institucionalizada que ha sido hegemónica y que no permite pensar porque muchos profesores aglutinan de información a los estudiantes y,

posteriormente, estos no saben qué hacer con estos datos porque no se les relacionaba con sus realidades, conllevando a una educación descontextualizada donde muchos profesores no desarrollan un amor por la enseñanza y, a la vez, no producen en el estudiante el deseo por conocer.

Dentro de los problemas que Garzón identifica en esas conferencias, esboza que lo que nos enseñan no tiene nada que ver con lo que necesitamos porque nos enseñan sucesos que no sirven para la convivencia ciudadana o para la pacificación, además que muchos de los conocimientos no son sino la explicación que el ser humano ha dado a su mundo, pero no se vincula con el mundo de los estudiantes. Como resultado, hay un distanciamiento entre lo que se enseña y lo que se necesita.

Zuleta plantea algo similar cuando menciona que lo que se enseña no tiene relación con el pensamiento del estudiante porque mientras la relación entre estudiante y profesor este mediada por una correspondencia de poder —donde uno sabe y el otro no— no va a haber un espacio de pensamiento que propicie el aprender para pensar por sí mismo.

De esta manera, Garzón manifiesta que la universidad coarta la formación de los jóvenes y por eso, muchos de ellos no se apropian de los problemas que vive el país, y al mismo tiempo, los sistemas de evaluación recrean la dicotomía del «sí sabe o no sabe» a través de pruebas memorísticas y no de

la capacidad de pensamiento del ser humano para comprender su mundo. En el mismo sentido, Zuleta, mencionaba que la escuela enseña resultados, pero no procesos, lo que conlleva a que el estudiante no comprenda el por qué suceden las cosas, pero sí sepa que suceden, evitando que la curiosidad y capacidad de asombro sean parte de su cotidianidad.

Sin embargo, Garzón también consideraba que la universidad es el espacio más abierto y generoso que nos brinda la vida por lo que hay que gozarse minuto a minuto estar en ella, eso sí, con la responsabilidad que amerita hacerlo.

Lo anterior permite evidenciar, como lo manifestaba Garzón, que los colombianos tenemos un problema de identidad, es decir, no sabemos quiénes somos —lo que podría tener alguna relación con la educación que recibimos— porque desde el colegio se aplican una serie de lógicas que no concuerdan con los intereses que tenemos. Por lo tanto, como lo sugiere Zuleta, la educación debe propender por enseñar desde el pensamiento del estudiante y sus necesidades cotidianas porque las asignaturas pierden su interés en sí mismas, por la forma como se enseñan.

Asimismo, recordemos que Zuleta defendía una formación filosófica o humanista, donde se fomente el desarrollo de la persona, sin que este desarrollo no lo determiné solamente las condiciones del mercado, construyendo una sociedad en la que

valga la pena vivir y estudiar, generando una democracia donde se pueda diferir con la mayoría sin entrar en conflicto o ser estigmatizado, porque en este contexto, la democracia es el derecho a ser distinto, a desarrollar esa diferencia, y esa es la democracia que según Zuleta vale la pena alcanzar y que nos serviría mucho como país.

En definitiva, creería que estos dos personajes todavía tienen mucho que decir a nuestra realidad como país, como sistema educativo y como seres humanos. En ocasiones, se manifiesta su pérdida de vigencia, su crítica a quienes todavía los tenemos en cuenta o su anacronía para quienes piensan que los problemas que ellos expresaban han sido superados. No obstante, es importante finalizar estas líneas con una recomendación que hacía Garzón a los estudiantes donde les decía que, disfruten su paso por la universidad, que vayan a la biblioteca, que sean «pilos» porque si los estudiantes no deciden ser alguien va a decidir ser por ellos, porque si no se preparan, le van a abrir un espacio a la mediocridad o, por lo contrario, pueden convertirse junto a la universidad en un escenario de transformación social.

Por eso, esta es una invitación a todos esos jóvenes, estudiantes y aquellos que, desde su lugar en el mundo, quieren cambiarlo, no olvidemos que, si no tomamos las riendas de nuestro destino, nadie lo va a hacer por nosotros, a menos que sea, para manipularnos y entregarnos al deseo.

Enseñar es resistir (y la vocación, ¿para cuándo?)

Si quieres aprender, enseña
—Cicerón

El pasado 5 de diciembre de 2023, se publicaron los resultados de las Pruebas Pisa, que evalúan los conocimientos en matemáticas, lectura y ciencia de los estudiantes de 15 años de 81 países. Siendo estas las primeras pruebas posteriores a la pandemia, era de esperarse que los resultados no iban a ser satisfactorios. Colombia no fue la excepción. Si bien, hay avances en términos de la educación secundaria universal, sigue habiendo rezagos en lectura y matemáticas, ocupando el puesto 58 en la lista de resultados.

Sin embargo, en medio de los diferentes análisis que se han realizado sobre el comportamiento en las pruebas, donde se ha puesto de manifiesto que se deben seguir cerrando las brechas en la educación preescolar, básica y media, así como seguir fortaleciendo la educación superior, destacándose temas recurrentes y estructurales como inclusión tecnológica, adecuación en infraestructura, apoyo para la formación en posgrados y salarios y vinculación de los profesores, priorización de la salud mental de los estudiantes, bilingüismo

como estrategia de competitividad y avances y retos en la alimentación escolar, considero pertinente reflexionar, sobre otro tema esencial, y es si los profesores que nos encontramos vinculados en colegios y universidades, no solo tenemos la formación, sino la vocación para desempeñar ese rol tan complejo.

Los profesores no solo debemos tener conocimientos en las temáticas o áreas en las que orientamos clases, sino tener la vocación para trasmitir ese conocimiento. De nada sirve tener profesores con maestrías y doctorados, sino cuando llegamos a las aulas no tenemos empatía ni capacidad de trasmisión y apropiación de nuestros conocimientos.

A finales de 2023, se estrenó la película *Radical* del director Christopher Zalla y protagonizada por Eugenio Derbez, basada en hechos reales sobre la vida de un maestro en una ciudad fronteriza mexicana llena de abandono, corrupción y violencia, que prueba un método radicalmente nuevo para desbloquear la curiosidad, el potencial e incluso el genio de sus alumnos. Asimismo, se estrenó la película *El maestro que prometió el mar*, dirigida por Patricia Font y protagonizada por Enric Auquer, esta describe la vida de un joven profesor que mediante un innovador método pedagógico inspiró a sus alumnos y les hizo una promesa, logrando cambiar la perspectiva desde la que habían visto la vida hasta ese momento.

Se podrían enunciar muchas otras películas basadas en hechos reales donde los profesores se destacan no solamente por su inteligencia o formación académica, sino por su motivación e inspiración hacía sus estudiantes. Es decir, por su vocación para estar en las aulas e intentar cambiar vidas dentro de ellas; estas películas vislumbran esa profesora o profesor que su preocupación primordial no son los resultados de unas pruebas estandarizadas, ni la imposición del conocimiento para calificar a sus estudiantes cuantitativamente, sino por intentar motivar e inspirar a sus estudiantes y enseñarles a soñar desde las aulas de clase, entendiendo que las aulas son la vida misma y que es más importante enseñar a los estudiantes que cada uno puede cambiar su vida y la de sus familias desde la educación.

Tal vez, para muchos, estas películas pueden ser idílicas o, para otros, solo muestran lo que debería ser la educación y que muchos profesores han ejercido. Reconozco que, después de haber estudiado desde el preescolar hasta el doctorado, podría recordar muy pocos profesores que, a mí parecer, tenían vocación para serlo. Más preocupante aún, es que hoy en día, en mi rol como profesor universitario, he encontrado muchos colegas, que reconocen que solo están ahí por el salario o el estatus social y simbólico de ser profesor, más aún, en los contextos universitarios que los salarios también dependen de la producción científica y los rankings

institucionales (López-Guzmán, El poder simbólico y social de los *papers*).

Aunque con mayor precisión, mis remembranzas se detienen con aquellos que se atrevieron a enseñarme algo para la vida, esas lecciones que no se encuentran en un libro, ni se aprenden en la universidad, porque esas enseñanzas son aquellas en las cuales la vocación se desborda en un consejo abrigado de lección, en una historia de vida fantasiosa o en una anécdota atemporal, porque es en ese momento cuando agradeces esa correspondencia entre la enseñanza y las emociones, *porque bienaventurados los profesores que de ellos será el reino de enseñar a soñar*.

Por lo tanto, me preguntó «y la vocación, ¿para cuándo?». Es decir, las entidades gubernamentales deberían preocuparse no solo por la formación, sino también por la vocación, pensar que entre más doctores tengamos, mejor será la educación, es algo que debemos reflexionar, porque, probablemente, alguien con licenciatura o pregrado o, solamente, con maestría, podría tener la vocación que a muchos les falta. Eso sí, sin desconocer que la formación académica podría ayudar a consolidar aquellas habilidades y competencias pedagógicas e investigativas que como profesores podemos desarrollar para ayudar a encontrar soluciones a las problemáticas socioambientales que se viven.

El rol que tenemos los profesores en confrontar las imposiciones que el futuro ha cimentado en la vida de nuestros estudiantes, disponiendo de la fortuna de agenciar sus talentos recónditos y extraordinarios y de enseñar a soñar con cambiar el mundo, donde confrontemos el establecimiento con ellos y nos concibamos como héroes de sus vidas que no tienen miedo a trasmutar su contexto y revolucionar la vida de aquellos que han perdido la pasión por la transformación y que el miedo al fracaso se ha enquistado en su ser.

Recordemos la responsabilidad tan inmensa que tenemos, no solo es ir a dar una clase, es *enseñar para resistir*, porque el aula es la vida misma. Seamos esos profesores inolvidables que dan clases inmortales, colmadas de pasión, vehemencia y amor, porque en ellas se enaltece la más valiosa de las vocaciones: ser profesor.

Hagamos que los estudiantes reivindiquen su creatividad, su capacidad de asombro, incitémoslos a devorarse el mundo, a descifrar la sensibilidad de las situaciones arduas que impone la vida, afrontando su cotidianidad y contexto con miras a combatirlo.

Uno llega a ser profesor por vocación o por sorpresa. Por eso, a todos aquellos que quieren llegar a serlo, no pierdan la noción de responsabilidad con sus estudiantes, deconstruyan la ortodoxia y la magistralidad que ostenta la academia,

conciban al estudiante como un universo colmado de sueños y, sobre todo, no actúen como ese profesor que les invalidó sus ilusiones y abolió sus sueños, sino que reivindiquen a aquellos que les enseñaron a amar el conocimiento y su posibilidad de convertirlo en herramienta de transformación.

He escuchado muchas veces a estudiantes manifestar en voz alta «ese profesor sabe mucho, pero no sabe trasmitir», «ese profesor no tiene pedagogía», «ese profesor debería dedicarse a otra actividad», «ese profesor no sabe enseñar», etcétera. Es importante manifestar que, en este escrito, no estoy hablando de las responsabilidades de los estudiantes, solo quiero reflexionar sobre nuestro rol como profesores, porque he tenido excelentes investigadores como profesores o algunos que no sé por qué estaban ahí, pero, sinceramente, nunca me motivaron e inspiraron, de hecho, muchos causaron lo contrario, es decir, me desmotivaron, porque su arrogancia y egoísmo era lo único que compartían con nosotros los estudiantes.

Por lo tanto, inmortalicemos nuestros años de estudiantes, nuestros miedos, sugestiones o alicientes, porque hoy en día tratamos con la confluencia de incertidumbres, angustias y euforias que ostentan nuestros aprendices; de ahí que, el mayor redito que se puede generar en un aula, es hacer clases únicas e irrepetibles, esas donde aprendes lo disciplinar, pero también cuestionas lo cotidiano, donde exploras lo científico y

debates con el sentido común, donde te sorprendes de las obviedades, mientras descubres el futuro.

No hay lugar más icónico y sublime que un pupitre de clase donde se labran las curiosidades y experiencias más representativas del ser humano que se convierte en aprendiz, porque las aulas son el lugar más representativo de la opresión o liberación del espíritu humano. Por lo tanto, reivindicar los sueños de los estudiantes debe ser una apuesta más allá de lo institucional, donde toda temática sea acogida con la mayor emoción, cada problema con la mayor resiliencia y cada pregunta con el mayor asombro. De esta manera, cada clase debe servir como escenario de vinculación del conocimiento con la realidad y podamos entender las cátedras inigualables como una de las mayores virtudes de los profesores.

En definitiva, hoy en día, trato de replicar algunas de las cosas de esos profesores que me enseñaron algo para la vida e intento no reproducir aquellos comportamientos y formas de enseñar de aquellos que me desmotivaron de estar sentado en un pupitre. Es importante cuestionarnos sobre nuestro rol como profesores, conversar con nuestros estudiantes, investigar sobre metodologías disruptivas, arriesgarnos a utilizar estrategias de innovación educativa, aprender a escuchar y volver a la cotidianidad (probablemente, haya muchas respuestas ahí). No olvidemos que como profesores

somos esa luz que puede transformar la vida de los estudiantes, utilicemos cada clase para estimularlos a derrumbar las barreras que el infortunio les ha delegado y a proyectar el aprendizaje como una forma de vida.

¿Yo no sirvo para estudiar?

Podemos ignorar las diferencias y suponer que todas nuestras mentes son iguales. O podemos aprovechar estas diferencias.
—Howard Gardner

En los años ochenta del siglo XX el psicólogo estadounidense Howard Gardner propuso la Teoría de las Inteligencias Múltiples (1983) donde se rechazaba el concepto tradicional de inteligencia y los métodos para medirla. Para Gardner la inteligencia es una expresión plural que depende de la diversidad de las capacidades humanas. La propuesta del psicólogo conllevó a la trasformación hegemónica de la inteligencia en los campos académicos, conllevando a reflexionar y cuestionar la manera que se apropia el conocimiento, los procesos de aprendizaje y el funcionamiento del cerebro de cada estudiante de acuerdo con el contexto en el que se ha desarrollo y habituado.

Sin embargo, qué pasaría sí como docentes en colegios y universidades enseñáramos cualquier área de conocimiento o disciplina académica desde la identificación de las

inteligencias múltiples de nuestros estudiantes a través de la formulación de proyectos de investigación e intervención social que tengan en cuenta las particularidades cognitivas y sociales de ellos.

Si pudiéramos pensar una investigación contextualizada e inclusiva entenderíamos que la investigación puede ser una herramienta fundamental para desarrollar empatía en las aulas de clase, así como apropiar conocimientos desde los intereses en lo que se sitúan nuestros estudiantes, porque podríamos repensar los procesos pedagógicos donde se prioriza la apropiación del conocimiento de acuerdo con los contextos particulares de cada estudiante.

Muchos de nosotros nos preguntamos en el trasegar de la vida ¿para qué seré bueno? ¿será que no sirvo para estudiar este tema? ¿será que la carrera universitaria que escogí fue la correcta? O peor aún, ¿será que yo no sirvo para estudiar? Todas estas preguntas nos han abordado en algún momento y para los que decidimos dedicarnos a la docencia son preguntas recurrentes que escuchamos en nuestros estudiantes.

Por eso, este escrito se pretende poner de manifiesto cómo desde las ocho inteligencias caracterizadas por Gardner (*Inteligencias múltiples veinte años después e Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica*) se puede entender que no hay una sola manera de aprender, enseñar y medir la

inteligencia. Cada una de ellas se caracteriza por habilidades y capacidades específicas, en resumen, ellas son:

- Inteligencia lingüística. Es la capacidad para usar el lenguaje en todas sus expresiones y manifestaciones.
- Inteligencia musical. Es la capacidad de percibir y expresarse con formas musicales.
- Inteligencia lógico-matemática. Es la capacidad de resolver cálculos matemáticos y poner en práctica un razonamiento lógico.
- Inteligencia corporal cinestésica. Es la capacidad para expresar ideas y sentimientos con el cuerpo.
- Inteligencia espacial. Es la capacidad para percibir el entorno visual y espacial para transformarlo.
- Inteligencia intrapersonal. Es la capacidad para desarrollar un conocimiento profundo de uno mismo.
- Inteligencia interpersonal. Es la capacidad para relacionarse con los demás, tomando como la empatía y la interacción social.
- Inteligencia naturalista. Es la capacidad de observar y estudiar los elementos que componen la naturaleza (objetos, animales y plantas).

De acuerdo con lo anterior, se podría manifestar que las ocho inteligencias tipificadas por Gardner podrían ser la base

para pensar que los estudiantes puedan formular proyectos de investigación con la apropiación del mundo que tengan, que, en gran medida, depende de su contexto, historia de vida, gustos e intereses, privilegios y necesidades y, así, poder correlacionar las temáticas impartidas en las diferentes asignaturas o carreras universitarias con las potencialidades de los estudiantes a través de la formulación de proyectos de investigación e intervención social (López Guzmán).

En el ámbito educativo las inteligencias múltiples se han convertido en controversiales y conflictivas porque imaginar implementarlas, teniendo en cuenta que en un aula de clase los docentes tenemos 30 o 40 estudiantes y pensar que además de eso debemos evaluarlos, estar al pendiente del desarrollo de un currículo, los trámites administrativos que imponen las instituciones, los problemas interpersonales que pueden surgir en el relacionamiento con ellos o sus familiares, entre muchos otros problemas. Por lo que, un docente podría preguntar: ¿cómo con todas esas responsabilidades y esa cantidad de estudiantes poder detenerse a identificar sus inteligencias de los estudiantes? Pues, no es tarea fácil, ni se puede hacer con un cuestionario, pero tampoco debemos pensar que es imposible.

Por lo tanto, este escrito es la descripción de una *apuesta* que vengo realizando desde hace algunos años en las aulas de clase. Mis estudiantes saben que para la evaluación de alguna

de las asignaturas que orientó deben formular un proyecto de investigación e intervención social en el que puedan vincular la disciplina que estudian a través de un tema que les llamé la atención y que ellos puedan investigar en un lapso determinado.

Es decir, los estudiantes formulan un proyecto con una temática relacionada con la disciplina estudiada, pero también, con su vida cotidiana. Sin embargo, luego de vincular estos dos aspectos en sus proyectos, empecé a vincular desde la metodología un conjunto de roles que ellos han desempeñado de manera cotidiana, pero apartados de la academia. Por ejemplo, si alguno de ellos toca un instrumento musical, juega o entrena un deporte, baila un tipo de música desde hace unos años o tiene ímpetu por los videojuegos, les ayudaba a que sus proyectos fueran relacionados con ese contexto, así, investigaban algo que pudieran correlacionar no solamente con sus vidas, sino con sus intereses más cercanos.

Luego de poder vincular desde la metodología de sus investigaciones alguno de sus entretenimientos, empezaba el proceso de desarrollar una investigación con una temática disciplinar relacionada con sus vidas cotidianas y utilizarán una de sus inteligencias múltiples. Aunque se preguntarán qué pasaba con aquellos estudiantes que no tenía una afición tan marcada como otros, pues, ahí está nuestro rol como

docentes para interactuar con cada uno de ellos y conocerlos, independientemente que sean 20, 30 o 40 estudiantes, siempre debemos tener la posibilidad, ya sea en la primera clase u otras, preguntarles a algunos de ellos, hasta que hablemos con todos sobre sus lugares de procedencia, gustos personales, intereses, miedos, etc.

Todo lo anterior lo fundamento en una propuesta metodológica que tiene como insumo fundamental 7 pasos que se pueden implementar en cualquier área de conocimiento o asignatura académica. A continuación, se presentan los 7 pasos que, a través del trasegar en las diferentes aulas de clase, se conciben como los elementos que constituyen la ruta para la construcción de una pedagogía de la emocionalidad y la transformación, donde cada uno de los docentes en compañía de los estudiantes puedan implementar en sus asignaturas. Como resultado, los estudiantes serán concebidos como un conjunto de emociones que ligadas al conocimiento académico serán el componente capaz de transformar las diferentes realidades que rodean sus vidas.

1. Para qué, el por qué: hacia un elogio de la duda y la pregunta

La enseñanza más oportuna que le puede brindar un docente a un estudiante es el elogio sobre la duda y la pregunta,

entendiendo la duda como el comienzo del desequilibrio ortodoxo de la academia convencional, y la pregunta como la estrategia de reconstrucción de lo establecido. La duda y la pregunta son las herramientas que permiten reflexionar sobre la infinitud de respuestas que edifican certidumbres y construyen realidades.

Elogiar la duda y la pregunta, es elogiar los procesos mediante los cuales el ser humano comprende y reflexiona sobre el mundo, la mayor virtud de un estudiante es poder dudar sobre lo que aprende, y el utensilio que le permite hacerlo, es la pregunta, donde los docentes experimentan una de las sensaciones más sublimes del acto pedagógico, que es la reivindicación de su actuar a través del crecimiento continuo de cada una de las semillas que germinan a modo de ideas en los pupitres de sus clases.

Permitir que los estudiantes duden y pregunten, se percibe como algo cotidiano en las aulas de clase, pero en la mayoría de ocasiones existe una constante amputación de las dudas y preguntas, conllevando a que los estudiantes estén colmados de información y conocimiento, pero no discutan o reflexionen sobre ello, y cuando afrontan las diferentes realidades, parten de recrear un sentido del imperio de lo aprendido pero no discutido, configurando un mundo de la imposición simbólica y de racismo epistémico, donde el valor de las ideas se establece en la medida que no se reflexionen.

2. Entre verdades y mentiras: más allá de dogmas y sofismas

Las aulas son los lugares más representativos de la opresión o liberación del espíritu humano, donde se canalizan cada una de las verdades y mentiras que representan la sensatez de la ignorancia. El rol del docente es movilizar las emociones de los estudiantes a través de la reflexión constante de las situaciones cotidianas que justifican cada una de las acciones determinantes que se labran en los pupitres de clase, y que permiten comprender el mundo desde la infinitud de respuestas que históricamente han construido la realidad y han trastocado el lenguaje.

Por lo tanto, construir un esquema de racionalidades en el cual los estudiantes afrontan desde las aulas sus contextos, va más allá de la reiteración de un currículo que no consta de innovación y asombro, por lo que es necesario concebir lo que se les enseña como un conjunto de verdades y mentiras que históricamente han reconstruido las realidades, las cuales son un abanico de concepciones válidas y legítimas que puedan escoger para forjar sus propias vidas.

En consecuencia, es necesario que cuando los docentes expliquen o analicen las diferentes temáticas en las clases, se estipulé ante los estudiantes que no hay una sola forma de abordar una realidad específica histórica o actual, porque de

acuerdo con las ideologías, contextos políticos, historias de vida o formación académica pueden ser validados, modificados o refutados en el tiempo, lo que permitiría que en las aulas no se hablé más de dogmas y sofismas, sino de verdades y mentiras que históricamente y culturalmente han sido adaptadas y explicadas, pero que son susceptibles de cambiar con los avances de las ciencias y saberes.

3. Reivindicar la curiosidad: recuperando la imaginación y la creatividad

La extirpación de la curiosidad es una de las afecciones más comunes en los seres humanos, desde que estamos en los primeros años de vida hasta que llegamos a los colegios y universidades. No obstante, la recuperación de herramientas como la curiosidad, la imaginación y la creatividad son el punto neurálgico para cambiar el mundo, un estudiante que concibe el mundo con curiosidad, es alguien con la potestad de crear nuevos mundos y realidades.

La curiosidad no es solo cosa de niños, es esencial en todos los procesos de caminar el aprendizaje, ya sea desde la niñez hasta la adultez. Por ende, los docentes deben estimular la constante creación de conocimientos desde la imaginación y el deseo que se despiertan en las reflexiones de clase.

Incentivar la curiosidad desde las aulas permitirá que las diferentes materias sean ejemplificadas desde la experimentación, donde los docentes utilicen el juego y el tiempo libre, como la actividad y el escenario más relevante para la construcción de hábitats de saberes y fraternidades en las aulas y por fuera de ellas, donde la curiosidad sea el deseo incesante de aprender, y la ruta fundamental para la transformación de realidades y contextos hegemónicos y diversos, permitiendo configurar nuevos mundos que trastoquen la imaginación y la creatividad de los estudiantes.

4. Construyendo certidumbres, edificando realidades

Los estudiantes desde el acompañamiento de los docentes deben reivindicar sus gustos e intereses, y así elegir dentro del cumulo de información y conocimientos, lo que les permita comprender su mundo, sin desconocer que hay otros mundos, entender al otro, sin buscar que sea igual a ellos, y concebir la realidad no como única, sino como una realidad susceptible de cambios constantes y sistemáticos.

Es así como los estudiantes deben comprenderse como mundos en construcción que necesitan de elementos sólidos para edificar sus propios contextos, siendo los docentes menesteres de la manutención teórico-práctica, y así abasteciendo de herramientas que labren su camino dentro de

la infinitud de posibilidades que se vislumbran al caminar el aprendizaje dentro y fuera de las aulas.

5. El aula como territorio y el territorio como aula

Descubrir el mundo desde la experiencia es fundamental para proyectar poco a poco lo aprendido en contextos más amplios donde el estudiante desde su formación pueda resolver y transformar problemas cotidianos. Es pertinente constituir cualquier escenario como un eslabón pedagógico, donde estudiantes y docentes puedan interactuar armónicamente, no solo desde las aulas tradicionales, sino desde la vida misma como un aula.

En consecuencia, las aulas se convierten en hábitats de saberes y fraternidades que permiten ser el primer espacio para soñar con la transformación, donde los estudiantes se convierten en pequeños guerreros de anhelos y sueños, acompañados de docentes que se imponen a su destino en pro de los demás, configurando una lucha de utopías y realidades que justifiquen el cambio constante en las cotidianidades y contextos.

6. La osadía de transformar

Pensar en la implementación de los diferentes pasos en las

aulas, conlleva a que los estudiantes y docentes salgan de su comodidad y conformidad educativa y disciplinar, y se inserten en la audacia e intrepidez de reivindicar los anhelos y sueños que han sido opacados por la cuantificación y cosificación de los estudiantes, ya sea por la validez de un examen u otros elementos que invisibilizan la capacidad de cambiar el mundo desde las aulas.

Los estudiantes y docentes deben aventurarse a transformar sus vidas y contextos, retando los incalculables paradigmas que gobiernas las aulas, buscando germinar ideas en los campos desérticos de ortodoxia e imposición, convocando a una osada aventura en medio de las barricadas histórico-culturales que impiden la transformación.

El cambio debe empezar por las metodologías que se utilizan para enseñar y evaluar, también por las estratégicas que se utilizan para incentivar a la investigación. Debe ser un cambio desde los currículos académicos (sin desconocer lo que se impone por la institucionalidad) pero innovando constantemente.

7. Donde comienza un sueño, comienza una revolución

Los anhelos y sueños de los estudiantes deben ser la principal preocupación de cualquier sistema o modelo educativo, no como insumos de sublevación, sino como herramientas

fundamentales para el mejoramiento constante de las sociedades. Si se pone como eje trasversal de la educación la reivindicación de los sueños, se establecerán muchas revoluciones de ideas y emociones, con la capacidad de cambio constante en beneficio de todos, principalmente de los sectores más vulnerables.

En conclusión, soñar en las aulas significa instaurar una pedagogía de la emocionalidad y la transformación, donde el acto pedagógico sea un cumulo de efervescencia y exaltación. Concibiendo las aulas como hábitats de saberes y fraternidades, contenidas de ecosistemas de anhelos y sueños.

Finalmente, estos 7 pasos han buscado establecer una pedagogía de la emocionalidad y la transformación, donde los estudiantes y docentes enarbolen los sentimientos y conocimientos, y que el transitar en las aulas sea un proceso de cambio constante para niños y adultos, donde el punto central de la escolarización sea poner de relieve las emociones por encima de un examen, la curiosidad por encima de una nota, y que se entienda que todos los niños, niñas y adolescentes tienen la capacidad de cambiar el mundo desde las aulas. Se debe confiar en los estudiantes como transformadores de su propia realidad y contexto, quién más pertinente que ellos para involucrarse en sus dinámicas socioculturales y encontrar salidas a lo establecido, cuando se les ha dicho que no se puede cambiar.

Por lo tanto, esta experiencia pedagógica es una apuesta por el cambio, por la reivindicación de los anhelos y sueños que se gestan en los pupitres de clase y que son tan nobles como sus propias causas, buscando generar conciencia, que hay algo más allá de la aglomeración de información y conocimiento que se les impone a los estudiantes, y es pensar en ellos como sujetos sintientes que tienen la capacidad de revolucionar sus mundos y posiblemente el de los demás.

Es decir, los y las estudiantes al disponer de herramientas conceptuales y metodológicas sobre el diseño de proyectos de investigación/creación, tendrán la oportunidad de conocer su contexto, su territorio y los diferentes determinantes que se generan alrededor de las problemáticas que los afectan o rodean. Es así como las instituciones se convertirán en baluartes del conocimiento en investigación/creación, además de proveerles elementos fundamentales para concebir la cotidianidad y las diferentes realidades como grandes proyectos susceptibles de estudiar y transformar.

Es de destacar que enseñar a investigar es todo un arte, por lo que se necesita no solo del entendimiento teórico-práctico de cómo hacer investigación, sino de la relación que existe entre un proyecto de investigación/creación y un proyecto de vida. Finalmente, lo más importante no es la cantidad de conocimientos que puedan recibir los estudiantes, sino la posibilidad de que transformen sus vidas y sus

contextos con esos conocimientos, teniendo como resultados a mediano y largo plazo, mayores herramientas de liderazgo social y de emprendimiento comunitario.

Porque la inclusión debe manifestarse como la posibilidad de reconocer la diversidad epistémica y ontológica que recrean nuestros estudiantes en las aulas de clase y que pueden ser fortalecidas desde el reconocimiento de sus particularidades y la utilización de la formulación de proyectos de investigación e intervención social.

Parte III
Postludio

Escrito por Jorge Alberto López-Guzmán

Elogio a la mediocridad

Teme a los profetas...y a quienes estén listos a morir por la verdad, porque, por regla general, ellos hacen que muchas otras personas mueran con ellos, muchas veces antes que ellos, y en ocasiones, en lugar de ellos.

—Umberto Eco

El miedo y la incertidumbre no se manifiestan de una manera tan lucida como cuando se intenta cuestionar la razón de nuestros actos; aunque esto sería irrelevante si no fuera porque determinan nuestras ambiciones y deseos. Preferimos proclamar una obediencia a ciegas y colocar en un pedestal el temor a equivocarnos, nos convertimos en una autentica profecía literaria que reivindica al Premio Nobel de Literatura José Saramago, cuando culmina su libro *Ensayo sobre la ceguera*, «somos ciegos que ven. Ciegos que viendo no ven» (Saramago, 256), este fragmento sería la extremaunción de quienes certifican en la obediencia su condena a la sumisión en un mundo de amos. Por eso, esos ciegos que ven representan la mediocridad de un mundo en llamas que ha optado por esconder los extintores.

Ser mediocre es perder la identidad para encajar en la identidad de otro, de ese otro que por la incapacidad de pensarse así mismo prefiere representarse en una identidad común sin la capacidad de construir un proyecto de vida propio. El mediocre es obediente, recrea un parasitismo inocente, no cuestiona las narrativas de la historia y su finalidad es la búsqueda del bienestar y la tranquilidad que impone la novedad, no le interesa las incógnitas y preguntas, prefiere el salvamento de sus ídolos religiosos, políticos o del espectáculo, la seguridad que le brindan los dogmas anacrónicos y la confianza que manifiestan los días sin infortunios. Lo más trágico de nuestro tiempo, como lo diría el famoso tango argentino compuesto en 1934 por Enrique Santos Discépolo, «es lo mismo un burro que un gran profesor [...] qué falta de respeto, qué atropello a la razón» (Santos Discépolo, «Cambalache»).

Los mediocres se aferran a sus sombras, a sus vínculos, no sienten nostalgia cuando recrean dolor y sufrimiento —lo justifican, lo amparan como parte de su destino—, no entienden la importancia de morir a tiempo como lo explica el escritor colombiano Mario Mendoza en una de las fabulosas historias de su texto *La importancia de morir a tiempo,* «hay que dejarse morir tranquilamente. Es la única forma de renacer, de resucitar convertido en otro. A veces, otra identidad ha estado agazapada en la sombra y al fin le llega

el momento de nacer, de salir a la luz» (Mendoza, 97).

La mediocridad funge una industria de la estupidización, es decir, *sé cómo los demás son para poder ser*, por eso la mediocridad se enseña, replica y celebra. El mediocre termina siendo insustancial para gran parte de la sociedad, pero también nocivo para otra gran parte. El mediocre legitima decisiones que afectan al cumulo de individuos que se encuentran luchando contra la angustia que significa pensar por sí mismos, perturba a los que viven en un estado constante de exaltación, los que disfrutan las minucias del momento, esos que aman sin pedir amor a cambio, los que saborean cada experiencia y la convierten en una anécdota, esos que aprecian los rubores de la realidad y cultivan día a día su capacidad de asombro, como lo enuncia el escritor colombiano Alejandro Gaviria en su libro *Hoy es siempre todavía*, citando la historia del escritor estadounidense, George Sauders, manifestando que, en muchas ocasiones, la inminencia de la muerte, es la que devuelve las ganas de vivir, esas ganas que los mediocres han perdido, por el mismo miedo a morir en el intento y comprobar el milagro de estar vivos.

La actitud moral del mediocre recae en la obediencia que impone ante la gentileza del hipócrita que edifica su sensacionalismo en los ejemplos pintorescos del cómo vivir dentro del caos social. Y como lo expresaría el escritor inglés

Charles Dickens en su libro *Historia de dos ciudades*, publicado en 1859, aunque parece una descripción sobre el 2024:

> Erase el mejor de los tiempos y el más detestable de los tiempos; la época de la sabiduría y la época de la bobería, el período de la fe y el período de la incredulidad, la era de la Luz y la era de las Tinieblas, la primavera de la vida y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos y nada poseíamos, caminábamos en derechura al cielo y rodábamos precipitados al abismo; es una palabra, era tan parecido aquel período al actual. (Dickens, 7)

Salir de la mediocridad requiere hacerse cargo de la propia libertad, ser desobediente ante las disposiciones clericales que sofocan el presente, por eso el mediocre prefiere la comodidad de tomar las decisiones que otros toman por él antes que encontrarse con la alucinación de la indecisión y la desconfianza que recae ante la impotencia de intentar labrar un destino sin la ayuda de otro.

Las paradojas de la mediocridad nos llevan a pensar como lo hizo Rubén Darío en su poema *Lo fatal*:

Dichoso *el árbol que es apenas sensitivo,*
y más la piedra dura, porque ésa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos,
¡ni de dónde venimos!...

Immanuel Kant escribió en su texto de la *Filosofía de la Historia*, que la minoría de edad de los seres humanos no radica en la falta del entendimiento, sino en la decisión y el valor para servirse con independencia. Si tengo un libro que piensa por mí, un pastor que reemplaza mi conciencia, un médico que dictamina acerca de mi dieta, no necesitaré enforzarme, si por todo puedo pagar, no tengo la necesidad de pensar... estas palabras del filósofo alemán ilustran el temor del mediocre para pensar por sí mismo y librarse del amor a las cadenas.

Los mediocres se sienten satisfechos cuando están abrumados de datos insignificantes, hechos tergiversados y letras de canciones populares. Ray Bradbury recrea en *Fahrenheit 451* un pasaje que me hace pensar en los

mediocres, planteando que los seres humanos entre más atiborrados de información estén, mayor será la sensación de que piensan y serán felices porque los hechos de esta naturaleza no cambian.

Quisiera terminar este escrito manifestando que, estas líneas son un llamado a todos aquellos que no se adaptan a los privilegios de la mediocridad, a esos desobedientes que prefieren riesgos, libertad, pecado, peligro, en definitiva, el derecho a ser infeliz, porque es así como se deleita el milagro de estar vivos.

Del sentimiento trágico del amor y la muerte

Lo único que me duele de morir es que no sea de amor.
—Gabriel García Márquez

El Premio Nobel de Literatura José Saramago, en su libro *Las Intermitencias de la Muerte*, entabla un vínculo entre el amor y la muerte, conjugando una metáfora de idilios y distopías. A partir de esa novela se generó un conjunto de perplejidades con las que he querido reflexionar en este escrito.

¿Es el amor el sentimiento de querer a otra persona a tal punto de morir por esa persona o de matar a esa persona en vida? el filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel en un apartado de su libro *La Fenomenología del Espíritu* escribe sobre La *Dialéctica del amo y el esclavo* en donde plantea que la historia comienza cuando se enfrentan dos deseos, dos conciencias, y que el deseo de los seres humanos es querer que el otro lo reconozca, lo idolatre, y que el deseo que ganará es el que no le tenga miedo a morir por conseguir su deseo y así dominar al otro y convertirlo en su esclavo.

Se podría entender que ese deseo de dominio es un deseo de querer, de sentir un sentimiento para dominar al otro, sin que el otro se aleje de su amo, estos postulados sirvieron para que más adelante el padre del existencialismo Jean-Paul Sartre utilizara La Dialéctica del Amo y el Esclavo en su libro *El ser y la nada* y explicara que la conciencia que ama más es dominada por la que ama menos, llegando a alienar al otro y enajenándolo de su vida —una persona alienada y enajenada de su propia vida es una persona muerta en vida, gracias al amor.

En consecuencia, estos dos conceptos han sido utilizados desde la literatura y la filosofía para explicar su correlación con la vida de los seres humanos, pero entonces, ¿el amor y la muerte cuando se relacionan son malos o son buenos?, ¿es mejor amar y morir al mismo tiempo? o ¿no amar y existir reivindicando la vida?

Estas preguntas evocan el dialogo *El Banquete* de Platón, en una de las intervenciones de Sócrates, se trata de indagar sobre la naturaleza del amor, postulando que el amor es poseer lo que deseamos y entonces me llevan a pensar que se posee lo que es nuestro, lo que dominamos a partir de desearlo, pero ¿cómo querer a alguien a partir de poseerlo? y vuelve Sócrates y explica que el amor desea lo que no se tiene, entonces ¿dominar es alimentar al amor, es darle lo que quiere? Me llama la atención cuando Sócrates habla con la

sacerdotisa Diotima y ella le expresa que el amor está entre las dos cosas, no es malo ni bueno, y tampoco es un dios porque si no sería el más feliz de todos los dioses.

Es así como creo que ese deseo lo lleva al dominar y matar al otro (metafóricamente hablando) entonces, ¿qué es la muerte? la ausencia de la vida, un ciclo de la existencia, el momento en que la conciencia se apaga, el paso a la vida eterna en un campo etéreo con los dioses o un dios, o vivir sin reivindicar la vida a cada existente, vivir sin ser visto, solo respirar y ser un esclavo más.

La filosofía existencialista dentro de sus diferentes posturas esboza que la muerte está dada por vivir sin reivindicar la existencia; donde no se alimenta a la vida, no se disfruta, no se es feliz. De esta manera, la muerte podría estar dada por el amor, ese amor que esclaviza y domina y mi existencia se diluye por la existencia que otra persona construye para mí —*yo soy lo que el otro hizo de mí, y sí el otro no está, yo dejo de existir*.

Lo anterior rememora la película *El Lado Oscuro del Corazón* del director argentino Eliseo Subiela, donde en uno de sus fragmentos narra una conversación sobre la complejidad del amor y se hacen las siguientes preguntas: ¿cómo amar sin poseer? y ¿cómo dejar que te quieran sin que te falte el aire? y los personajes responden:

> [...] amar es un pretexto para adueñarse del otro, para volverlo esclavo, para transformar su vida en tu vida, y en donde lo importante solo es la vida del que domina sin importar la vida del otro, y que el gran error está en querer que el otro sea como nosotros queremos que sea y no como es. (Eliseo Subiela, «El Lado Oscuro del Corazón»)

Es por eso, por lo que el sociólogo Zygmunt Bauman, escribió en gran parte de su libro *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, cómo se han adaptado los seres humanos para no caer el juego del amor y de la muerte. Él describe como son las relaciones amorosas de la actualidad en donde ya no existe una solides, una seriedad y cada vez las relaciones son más fugaces, efímeras y banales —para que no me domines, yo no te amo y, así, no muero, pero tampoco te mato.

Creo que esto se da a partir de que muchas personas han pasado por la muerte en vida, por ser dominadas y también por vivir a costas del otro, por someter y controlar al otro, llegando a que las personas ya no quieren enamorarse, no quieren tener una relación seria, tienen miedo al amor, por miedo a morir en vida, por miedo a sacrificar sus sueños por otra persona.

Más curioso cuando encuentro ese personaje que nos describe Bauman en la obra *Don Giovanni*, de composición musical de Wolfgang Amadeus Mozart y el libreto del

italiano Lorenzo da Ponte basado en la obra de Antonio de Zamora, ese Don Giovanni insatisfecho de la vida, apático a los sentimientos, que no le interesa los demás, solo el mismo. Aquí recordemos la película de Subiela, ese Don Giovanni que no le gusta expresar lo que siente, es un ser libertino, aquí podemos ver desde la ópera cómo se visibiliza el sujeto moderno que nos explica Bauman en donde es preferible alejarse de los sentimientos, a sentirlos y morir por ellos.

En consecuencia, se puede determinar que los conceptos amor y muerte están más enlazados que nunca cuando los concebimos de manera alegórica o real, y que desde la literatura, la filosofía, el cine, la sociología y la ópera, entre otras disciplinas y artes, se han puesto en la tarea de vislumbrarnos que amar y morir van de la mano y que la muerte puede estar precedida de amar, y que la peor enfermedad que existe es el amor —*nos lleva a morir sin dejar de vivir, no quita la vida y nos hace idolatrar solo por desear y querer*.

Es así como el amor y la muerte pueden ser enfermedad o alivio, muerte o existencia. Porque conjugados o separados, se convierten en dispositivos de dominio o liberación.

La metáfora de la libertad: de la industria de la estupidez y la esclavitud de las redes sociales

Dos cosas son infinitas: la estupidez humana y el universo;
y no estoy seguro de lo segundo.
—Albert Einstein

En 1920, el escritor ruso Yevgueni Zamiatin escribió la novela *Nosotros* la cual sería una de las primeras novelas del subgénero de las distopías. La novela es ambientada en un contexto condicionado por la vigilancia y la represión estatal, destacando las vivencias del autor dentro de la Revolución Rusa de 1917. Dentro de la novela se destaca que el totalitarismo ejercido por el Estado que impide el desarrollo de la libertad de quienes habitan la llamada *Ciudad de cristal y acero*, por eso, el amor a la rebelión de los personajes D-503 y I-330 como deseo incesante por la búsqueda de libertad se convierte en la posibilidad de una revolución que derribe los muros salvajes que han sido impuestos.

El contexto anterior no es ajeno a lo que vivió el siglo XX en la antigua Unión Soviética comunista, en la Italia fascista o Alemania nacionalsocialista, así como otros contextos que

tuvieron regímenes totalitarios que determinaron los destinos de aquellos que por elección o imposición vivieron una suerte de metáfora de la libertad.

Casi tres décadas después de la novela *Nosotros*, el novelista británico George Orwell escribiría *1984* inspirada en la novela de Zamiatin, donde la metáfora de la libertad se volvía literatura porque muchos eran representados por Winston Smith, el personaje ficticio y protagonista de la novela la cual se desarrolla en un escenario de manipulación mediática, vigilancia militar y represión política. Smith se encargaba de reescribir la historia borrando el registro de la existencia de las personas desaparecidas o asesinadas, ocasionando que la vida del otro dejara de existir porque ya no hay ninguna evidencia escrita o fotográfica, accediendo a reconstruir la historia a la manera de quien ostentaba el poder.

Si te detienes a pensar en este momento, esas novelas distópicas no se encuentran alejadas de la realidad actual porque cada día la industria de la estupidez configurada en vídeos que no superan los treinta segundos que se suben a un red social o aplicación de mensajería instantánea nos ha vuelto esclavos de la cantidad de *likes* o *corazones*, los compartidos o comentarios que implican aprobación o desaprobación de nuestras vidas que se reflejan en contenidos que no son para nosotros, sino para los otros, desapareciendo

todo reflejo de nuestra intimidad e individualidad, porque soy lo que los otros quieren que sea, me transformo, muto o varío de acuerdo con lo que los demás me impongan a cambio de una serie de manos arriba o corazones, convirtiéndonos en animales de granja, así como la sátira literaria escrita por Orwell en 1945 *La rebelión de la granja*, pero esta vez el Cerdo que se convierte en un Viejo Comandante, es una red social que nos dice qué hacer y cómo hacerlo, nuestros enemigos no somos los humanos como lo decían los animales en la novela, sino las pantallas y sus contenidos estúpidos.

Así como en la granja descrita por Orwell, los cerdos se erigieron como lideres, pero al final terminan peleando por el poder. Así nos encontramos nosotros, siendo la carnada de las redes sociales que determinan estereotipos, patrones, pautas y modelos que debemos seguir porque ese idealismo que nos han planteado desde la era digital es una metáfora de la libertad, porque ella se constituye en la sombra de la opresión más cruel de dejar de ser nosotros para convertirlos en animales sin consciencia, arrastrados por la ingenuidad que deparan quienes escriben las reglas para seguir siendo asnos, pero unos con más raciocinio que otros, como diría la novela La r*ebelión de la granja* cuando se preguntan los animales cuál fue el único mandamiento que al final quedó escrito «Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros» (Orwell, 112). Porque

en un mundo de desigualdad, los que proclaman la igualdad, son aquellos que no la ostentan, porque viven de aquellos que creen tenerla.

Por eso, la industria de la estupidez destella la inminencia del contenido que es publicado y a las pocas horas ha caducado; porque el reflejo de nuestra sociedad que busca la felicidad, se vislumbra en la impertinencia de volvernos objetos para que los otros den *clic* sin parar. Es como si viviéramos en *Un mundo feliz* como el libro de Aldous Huxley donde el manejo de nuestras emociones ya no es dado por el *Soma* (droga que aparece en la novela y que cambia radicalmente el estado de ánimo de aquellos que se encuentran deprimidos), ahora el *Soma* es la cantidad de reproducciones que obtiene tu vídeo o la cantidad de reacciones de tu foto con diferentes filtros y ostentosas poses.

En este mundo descrito por Huxley donde la pobreza y el hambre han sido erradicadas, pero a costo de eliminar, la familia, la diversión, la cultura, el arte, el avance de la ciencia, la literatura, la religión, la filosofía y el amor, es decir, somos felices, pero sin disfrutar de aquello que nos hacía humanos, que nos permitía *Soñar en tiempos de miseria*.

Hoy en día, somos felices por la gratificación que nos bridan las redes sociales, pero hemos sacrificado nuestra privacidad, intimidad, nuestra capacidad de vivir sin ser

juzgados por no disponer de los cuerpos o vestiduras que «deberíamos tener», hemos sacrificado nuestra libertad por ser esclavos de las redes sociales.

Somos felices a costa de la metáfora de la libertad, porque creemos ser libres en la medida en que mi página o perfil estén vigentes y colmados del interés de desconocidos que afrontan nuestra intimidad con el mayor de los morbos.

Imaginemos donde se prohibiera o restringiera el uso de las redes sociales y el contenido que se publicará debería tener una connotación muy distinta a la que conocemos, eso parecería una imposición de una sociedad totalitaria, pero mejor preferimos la metáfora de la libertad. Así como lo establece Ray Bradbury en su novela *Fahrenheit 451*, que establece un contexto donde los libros están prohibidos y los bomberos no apagan incendios, sino que los inician cuando encuentran libros. Aquí el personaje principal es el bombero Montag que se cansa de su rol como censurador de conocimiento y se une a la resistencia. Como en muchas de las novelas descritas en este texto, los oprimidos por el poder, terminan sublevándose ante él.

¿Y si dejamos de concebir la libertad como metáfora y nos sublevamos ante el poder desde las herramientas que brindan la filosofía, la literatura, la historia, el arte, el teatro, la música y la poesía?

No será que ya nos encontramos sin escapatoria ante las imposiciones de la ciencia y la tecnología —actualmente con la inteligencia artificial—, en un abismo irracional de la fantasía, en un decaimiento emocional donde los fármacos son la única salida y donde la destrucción del planeta no es una distopía, sino una fecha en el calendario. Ahora debemos buscar otra salida, colonizar otro planeta para destruirlo. Como lo indica Bradbury en *Crónicas Marcianas* nos encontramos en una desesperada búsqueda de colonizar otro lugar que nos permita reflexionar sobre nuestra vida en el pasado, donde las guerras autodestructivas y el impulso de superioridad desde la exclusión de aquello que no se parece a mí, pero me puede servir para dominar, explotar y humillar sea el aliciente para recordar con nostalgia lo que fuimos y nunca más volveremos a ser.

Ya no vivimos en un totalitarismo sociopolítico como lo escribió Zamiatin, Orwell, Huxley o Bradbury, sino que nos encontramos frente a la dictadura de los *likes* o *corazones*, nuestras decisiones ya no son tomadas únicamente por el miedo a las armas, sino por el deseo de aprobación de un contenido efímero que grabamos en la penumbra de nuestras habitaciones o en las deshumanizadas calles de nuestras ciudades.

Seguimos ante una metáfora de la libertad que, en ocasiones, es mejor que pensar que no la tenemos, así

seguiremos creando perfiles en redes, subiendo contenido y esperando a que la magia de aquellos que se esconden detrás de una pantalla pueda seguir estableciendo esa industria de la estupidez donde vale más una foto colmada de *corazones* que alguien en un laboratorio intentando crear una vacuna contra la próxima pandemia.

En definitiva, las distopías literarias que reflejan una crítica a los totalitarismos del siglo XX, hoy en día, nos han brindado conjeturas para pensar y repensar las sociedades actuales donde *El gran hermano* del libro de George Orwell son las pantallas, el Soma o droga de la felicidad de Aldous Huxley son los *likes* o *corazones*, los cerdos peleando por el poder y mintiendo con las condiciones de igualdad que recreaba Huxley en la granja son los dueños de las redes sociales, los libros quemados que enuncia Ray Bradbury, ya no deben ser quemados, porque hasta se han vuelto manuales de *influencer* para contar cómo su vida cambió después de una arremetida de *likes* o *corazones* y, por eso, nos encontramos buscando otro planeta para colonizar como lo manifiestan las *Crónicas Marcianas* de Bradbury, porque nada más seductor que pensar en la metáfora de la libertad de buscar otro lugar para destruir, así como las reflexiones y desventuras de D-503 y de la I-330, personajes de la novela Nosotros que buscan recobrar la razón en los ignotos, porque creería que una forma de luchar contra la alienación de los

seres humanos ante las desventuras de la industria de la estupidez, es reivindicar la razón, imaginación y creatividad como mecanismos de salvación.

Instrucciones para detener el tiempo

El tiempo no espera a nadie. Aprovecha cada momento.
—Virgilio

En 1962, el escritor argentino Julio Cortázar, publicó en la Editorial Minotauro su obra fantástica *Historias de Cronopios y de Famas*, en uno de sus fragmentos titulado *Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj* manifiesta de manera tajante que, cuando nos obsequian un reloj, nos obsequian un pequeño infierno, un pequeño fragmento de nosotros mismos, nos regalan la obsesión de atender la hora.

Es decir, cuando nos obsequian un reloj, nos regalan un objeto que luego de atarlo a nuestra mano, pasamos a ser de él, domina nuestra vida a través del tiempo, nos impone las reglas para poder determinar qué debemos hacer y a qué hora, nos asigna una suerte de horarios que, de no cumplirlos, nos atenemos a las consecuencias sin sentido, y cuando el reloj es olvidado o robado, nuestra vida se difumina

en un mar de incertidumbres por no saber qué deberíamos estar haciendo a esa hora del día.

Pero, si de ahora en adelante, nos respondemos «prefiero no hacerlo» y ¿cambiamos nuestras rutinas determinadas por los rigores del tiempo a un holocausto de eventos fortuitos? Esto invoca a *Bartleby, el escribiente* personaje del cuento con el mismo nombre del escritor estadounidense Herman Melville, donde suspende toda actividad laboral respondiendo a esa frase y se convierte en un disidente ante las funciones burocratizadoras de la vida y pone en pausa cualquier insolvencia de la cual ha sido fruto.

Por eso, dentro de los actos más valientes que podríamos cometer es olvidar el reloj y establecer una suerte de desobediencia con los horarios establecidos, intentar vivir sin tanta presión por la perfección, llegar más tarde a las reuniones de trabajo, saborear con placer el café por las mañanas, releer los pasajes de los textos que se empolvan en nuestros anaqueles, aprendernos letras de canciones desconocidas, caminar mientras hacemos pausas para observar productos que no vamos a comprar, llamar con más fidelidad a nuestros amigos hasta agotar la batería, conversar con desconocidos en las filas de los bancos, mirar películas sin la distracción de los afanes, concebir las salidas a la tienda como una viaje con destino, dibujar objetos desconocidos con la forma de las nubes, probar ese plato de

comida que nos han recomendado, hacer el amor con la intención de un orgasmo, abrazar a nuestros padres o parejas sin la ambición de despedirnos y levantarnos cada mañana sin la gravedad de las alarmas. Porque todo lo anterior también se convierte en recuerdos, en reminiscencias que no se diluyen con el pasar de las semanas, sino que se resignifican como un vino que se añeja y una fotografía que se desgaste por las contingencias de la humedad.

El escritor y filósofo español Miguel de Unamuno en su maravilloso ensayo *Del sentimiento trágico de la vida* explica que los años determinan nuestra memoria como base de nuestra personalidad individual, porque vivimos en y por el recuerdo, porque nuestra vida espiritual solamente es un reclamo a la perseverancia por detener el tiempo. Porque si viviéramos con la lentitud de los respiros, nos preocuparíamos menos por el pasar de los minutos, contemplando la serenidad de la pérdida del tiempo, no nos preocuparíamos por las inclemencias que impone un calendario y dictamina un horario.

Pero ¿es posible? El astrónomo estadounidense Carl Sagan en la introducción del libro *Historia del Tiempo. Del Big Bang a los Agujeros Negros* del físico teórico británico Stephen Hawking relata que a menos que seamos niños colmados de curiosidad, nos preguntamos acerca del cosmos o si el tiempo correrá en sentido contrario algún día, porque

pocas veces estamos pendientes de qué hacemos con nuestro tiempo, sino de qué hace el tiempo con nosotros.

¿Y sí nos arriesgaríamos a vivir imponiendo una pausa o lentitud ante el tiempo? Creería que podríamos recordar que «todas las personas grandes han sido niños antes. Pero pocas lo recuerdan» (Saint-Exupéry 11), frase que nos interpela cuando leemos la novela *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry y nos permite recordar que la mejor manera de resistir ante el tiempo, es no dejar que el tiempo nos pase sobre la vida.

Así, dejaríamos de perder la vida mientras nos pasan los años, y reivindicaríamos las imprecisiones que realizamos para lograr vivir, y los placeres que perdemos por miedo al fracaso serían las mejores anécdotas para contar antes de morir. Arriesgarnos a saborear lo atípico de no medir los minutos mientras nos pasan, es volver a vivir desde el primer grito que expresamos al nacer, es la posibilidad de revivir en medio de las diatribas de aquellos que nos imponen la seriedad de la vida en medio de las directrices del cumplimiento de la vida como un recetario de comida.

La escritora y filósofa francesa Simone de Beauvoir en 1967 escribió el libro *La mujer rota* donde a través de un conjunto de historias manifiesta como la idea del amor romántico socaba la idea de la libertad de la mujer y perpetúan la desigualdad femenina. En el inicio del texto

Beauvoir escribe algo estupendo a través de una pregunta que hace: «¿Está parado mi reloj?» su respuesta es que no, pero que las agujas no dan la sensación de girar, ante eso, la recomendación es no mirarlas, reflexionar sobre otras cosas, para no pensar en la agitación que el día espera.

En definitiva, mi invitación es que de ahora en adelante «vivamos» un día donde podamos concebir la vida sin los detrimentos consuetudinarios que implica programar la existencia como un anuario desdichado que, refleja los augurios de las festividades que el tiempo no nos deja disfrutar. Tal vez así, la concepción de felicidad cambiaría para ser cómplice de las tenues inclemencias de una vida atemporal.

Júbilo a la mentira

La mentira es la forma más simple de autodefensa.
—Susan Sontag

Según el filósofo alemán, Friedrich Nietzsche, la verdad puede ser entendida como:

> Un ejército móvil de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en breve, una suma de relaciones humanas, las que fueron poética y retóricamente aumentadas, trasferidas, adornadas y las que después de un largo uso a un pueblo le parecieron firmes, canónicas y obligatorias: las verdades son ilusiones de las cuales se ha olvidado que ellas lo son, metáforas que se han desgastado por el uso y se han vuelto sensiblemente débiles, monedas que han perdido su grabado y ahora solo como metal, no más como monedas, son tenidas en cuenta. (Nietzsche, 30)

Es decir, la verdad tiene una connotación lingüística y cultural, porque las verdades se construyen, se transforman,

se aculturan, se definen y contextualizan de acuerdo con quien las enuncia, cómo las expresa, para qué las formula y en qué contexto las impone. Las verdades son una herramienta que el lenguaje ha utilizado para concebir el mundo, acomodarse a él y poderlo manipular. Sin embargo, sí hay verdades, por antonomasia, debe haber mentiras y ¿cómo podrían ser entendidas las mentiras? O ¿las mentiras no necesitan una estructura lingüística que las defina?, porque se entiende que, si las verdades tienen una organización establecida, ¿las mentiras no la deberían tener al ser todo lo contrario?

De acuerdo con lo anterior, las mentiras se convierten en lo que nos hace verdaderamente humanos y nos permite comprender lo incomprensible, así como hacer cavilar a los demás que entendemos lo que ellos entienden, adecuarnos a esos lugares incomodos de los cuales no tenemos capacidad de amoldamiento. Las mentiras nos permiten ostentar poder, manipular a los demás e instituirnos como superiores.

Mientras más mentimos, más dominio ganamos o, consultemos a reyes, gobernantes o lideres que a través de las mentiras fundan antagonismos con la noción de verdad para poder repensar el mundo de los significados y someterlo a sus deseos.

Pero ¿no es la verdad una mentira que evolucionó en el tiempo y se legitimó?, ¿no es la verdad un conjunto de

mentiras acomodadas a un contexto y definidas por un jerarca que las impuso?, ¿no son las verdades el preámbulo para las mentiras y las mentiras una verdad que perdió valor en el tiempo?

Para Nietzsche, el ser humano a través de su intelecto se ha creído superior a otras especies, pero ¿es el intelecto la herramienta para generar verdades? Es decir, las verdades son el resultado del intelecto y, por ende, sin el intelecto el ser humano se queda sin la posibilidad de componer verdades, pero ¿qué pasa con las mentiras, también son parte del intelecto? O sea, el ser humano necesita del intelecto para construir y transformar verdades, pero también, necesita de las mentiras para hacer creer sus verdades, es aquí donde se podría decir que, sin las mentiras, las verdades perderían su esencia de credibilidad, su naturaleza de dominio sobre el mundo.

Las verdades no tendrían el peso de verdad, sin la noción del peso de la mentira. Para que haya verdades, se necesita de mentiras, por eso, el mundo de la verdad es un mundo dependiente de la mentira, sin ellas, el funcionamiento estructural de la sociedad y su cohesión ecosistémica no habría permitido la evolución necesaria para la existencia. Porque las nociones de belleza, fealdad, miedo, tranquilidad, muerte, vida, violencia, paz, bueno o malo, es decir, todo el conjunto de emocionalidades, sentimientos, prácticas

culturales, educativas y de vida, están condicionadas por la verdad y la mentira.

Hoy en día, prácticas como las noticias falsas o *fake news* o la posverdad, hacen parte de un conjunto de consideraciones que ponen en entredicho las verdades y, más bien, han conjugado las verdades y mentiras en una sola, constituyendo *vertiras* o verdades con mentiras en las cuales se ha diluido cada una de ellas y, como seres humanos, nos arrojamos a disponer de ellas en una sola, por el temor a concebirlas por separado, porque es mejor solventar la incertidumbre de lo desconocido colmándolas de historias metafísicas, míticas o rigurosas, pero que al fin al cabo, nos brinden la seguridad de saber algo, cualquier cosa, no importa qué, así sea una mentira.

La (in)finitud de la vida

Para escribir sobre la vida primero hay que vivirla.
—Ernest Hemingway

El literato argentino Jorge Luis Borges escribió al final del poema *Límites*, que, al cumplir cincuenta años, la muerte lo desgasta, incesante. Si hubiera dimensionado a través de una epifanía todo lo que he vivido y he dejado de vivir, no lo creería y me cuestionaría si he tenido una vida letárgica o sosegada.

La vida se convierte en un conjunto de aflicciones que intentamos justificar con el haber nacido, por eso, el paso de los años es una reclamación ante la muerte por la insensatez de ser conscientes al respirar. El director, guionaste y actor estadounidense Woody Allen mencionaba a través de su personaje Gil Pender en la película *Medianoche en París,* que el presente es un poco insatisfactorio, porque la vida es un poco insatisfactoria. Dichosos años noventa sin tanta neologismos y superlativos salvajes donde la levedad de la

vida era configurada por la sensación absurda de que el tiempo no era vertiginoso.

Después de tantas vivencias anacrónicas y despedidas profanadas, la sensación de vivir es más intranquila, porque los segundos no se despliegan alrededor de la creencia estulta de que el pasar de los años es una invitación para experimentar lo que en la infancia no podemos, ahora vivir es refugiarnos en la calma que impone la soledad y en la comodidad que decreta la estabilidad. Ya lo dictaba la escritora argentina Alfonsina Storni en su poema *Retrato de un muchacho que se llama Sigifredo*, «tenemos un deseo: morir y una esperanza: no morir» (Storni, 123), esa podría ser la dicotomía en la que trascurren nuestros años, pero, al contrario.

El paso de los años se ha convertido en un balance de mi vida, donde los prejuicios se transforman en dogmas y las palabras se reducen en silencios. El escritor y poeta estadounidense Walt Whitman enunció en su poema *Canto de mí mismo* que la edad no solo se proclama a sí misma, sino a las anteriores y venideras, eso somos, un conjunto de reminiscencias y prescripciones. Dejamos de idealizar la juventud cuando nos exhibimos ante la diatriba que asigna el tiempo de manera arbitraria sobre nuestras vidas. A quienes nos pasa el tiempo la desazón de la incertidumbre se repite como una sensación nostálgica atiborrada de melodías

injuriosas y secretos agraviantes. A través de los años las amistades duraderas se diluyen en olvido y las personas que quisimos y les juramos amor eterno, ya no existen, somos un conjunto de promesas quebrantadas y afectos compasivos. Para muchos esta es la edad de equivocarse con decencia y de tomar decisiones que determinarán los años por venir, esto me resuena a un fragmento de la letra *Yesterday* de The Beatles, donde se manifiesta que los problemas se veían tan lejanos y ahora están aquí para quedarse.

La vida no tiene etiquetas de advertencia, pero, aun así, le reclamamos constantemente por todos los sufrimientos que nos hace pasar, sin pensar en las indulgencias que también no ha permitido obtener. William Blake, escribió en su poema *Sobre el pesar ajeno*, que quien brinda a todos su alegría, se vuelve un niño pequeño, creería que resistir a los años es nunca perder esa alegría que nos vuelve párvulos por santiamenes.

Pero qué da, aquí estamos muchos años después, con el asombro marchitado y delicadamente perturbados, así que, sigamos viviendo y narrando la vida como una novela idílica en la que al final, por más sucesos adversos, tenemos a quien abrazar al final del día.

Como señalaría el escritor venezolano Eugenio Montejo en el poema *Mientras gire la Tierra*, que cada minuto nos asombre este frágil milagro de estar vivos, a veces

detenernos a pensar sobre la vida, nos quita tiempo para vivirla, porque ojalá, no acabemos nuestras vidas en medio de la desolación que podría conllevar la vejez, así como lo expresa el cuadro del pintor neerlandés Vincent Van Gogh que plasma a un anciano cansado y presa de la angustia y la desesperación y, más bien, vivamos la vida como una suerte de recuerdos inmortalizados que reivindicamos al despertar cada mañana.

Apéndice

Este apéndice tiene el propósito de clarificar los escritos publicados previamente en la Revista Horizonte Independiente y compilados en este libro al realizar el proceso de escritura. El orden es por fecha de publicación en RHI.

**Se resalta que varios de los textos publicados en la Revista Horizonte Independiente fueron modificados y reeditados para la publicación de este libro.*

De estudiantes revolucionarios y la generación de los autodidactas (pp. 16-20). Primera publicación:

1

López-Guzmán, Jorge Alberto. "De estudiantes revolucionarios y la generación de los autodidactas" *Revista Horizonte Independiente (columna filosófica)*. Ed. Brayan D. Solarte, 29 jun. 2022.

De los antiintelectuales y otros demonios (pp. 20-25). Primera publicación:

2

López-Guzmán, Jorge Alberto. "De los antiintelectuales y otros demonios" *Revista Horizonte Independiente (columna filosófica)*. Ed. Brayan D. Solarte, 24 ago. 2022.

Apoteosis a la desobediencia: notas para una formación filosófica en las calles (pp. 44-47). Primera publicación:

3

López-Guzmán, Jorge Alberto. "Apoteosis a la desobediencia: notas para una educación filosófica en las calles" *Revista Horizonte Independiente (¿Y qué tal si?)*. Ed. Brayan D. Solarte, 04 dic. 2022.

Elogio a la mediocridad (pp. 87-92). Primera publicación:

4

López-Guzmán, Jorge Alberto. "Elogio a la mediocridad" *Revista Horizonte Independiente (¿Y qué tal si?)*. Ed. Brayan D. Solarte, 01 feb. 2023.

Del sentimiento trágico del amor y la muerte (pp. 93-97). Primera publicación:

5

López-Guzmán, Jorge Alberto. "Del sentimiento trágico del amor y la muerte" *Revista Horizonte Independiente (columna filosófica)*. Ed. Brayan D. Solarte, 30 abr. 2023.

---

*La metáfora de la libertad: de la industria de la estupidez y la esclavitud de las redes sociale*s (pp. 98-105). Primera publicación:

6

López-Guzmán, Jorge Alberto. "La metáfora de la libertad: de la industria de la estupidez y la esclavitud de las redes sociales" *Revista Horizonte Independiente (columna cultural, ¿Y qué tal si?)*. Ed. Nicolás Orozco M., 02 jul. 2023.

La (in)finitud de la vida (pp. 115-118). Primera publicación:

7

López-Guzmán, Jorge Alberto. "La (in)finitud de la vida" *Revista Horizonte Independiente (Columna Literaria)*. Ed. Brayan D. Solarte, 27 sept. 2023.

Instrucciones para detener el tiempo (pp. 106-110). Primera publicación:

8

López-Guzmán, Jorge Alberto. "Instrucciones para parar el tiempo" *Revista Horizonte Independiente (Columna Cultural)*. Ed. Friedrich Stefan Kling, 13 mar. 2024.

Referencias

Referencias bibliográficas

Arango, Gonzalo. *Todo es mío en el sentido en que nada me pertenece*. Plaza & Janes, 1991. Impreso.

Arendt, Hannah. *La Condición Humana*. Austral, 2020. Impreso.

Bauman, Zygmunt. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica, 2015. Impreso.

Blake, William. *Canciones de Inocencia y de Experiencia*. Ediciones Catedra, 2006. Impreso.

Borges, Jorge Luis. *Cuentos completos*. Debolsillo, 2013. Impreso.
—. *Obras completas*. Emecé, 2011. Impreso.

Bradbury, Ray. *Fahrenheit 451*. Penguin Random House Grupo Editorial, 2019. Impreso.
—. *Crónicas Marcianas*. Ediciones Minotauro, 1976. Impreso.

Buenaventura, Nicolás. *La importancia de hablar mierda. O los hilos invisibles del tejido social.* Editorial Magisterio, 2018. Impreso.

Caicedo, Andrés. *Mi cuerpo es una celda.* Norma, 2008. Impreso.

Carlyle, Thomas. *Biblioteca W. M. Jackson.* Los Clásicos, 1963. Impreso.

Cortázar, Julio. *Cuentos completos.* Debolsillo, 2017. Impreso.

De Beauvoir, Simone. *La Mujer Rota.* Editorial Sudamericana, 1975. Impreso.

De Saint-Exupéry, Antoine. *El Principito.* Ediciones Suromex, 2019. Impreso.

De Unamuno, Miguel. *Del sentimiento trágico de la vida.* Editorial Losada, 1964. Impreso.

Dickens, Charles. *Historia de dos ciudades.* Alianza editorial, 2021. Impreso.

Dostoievski, Fiódor. *Crimen y Castigo*. Penguin Clásicos, 2015. Impreso.

Eliot, Thomas Stearns. *Poesías Completas*. Visor, 2017. Impreso.

Foucault, Michel. *Las Palabras y las Cosas: Una Arqueología de las Ciencias Humanas*. Siglo XXI Editores, 2010. Impreso.

Funke, Cornelia. *Corazón de Tinta*. Fondo de Cultura Económica, 2010. Impreso.

Galeano, Eduardo. *El libro de los abrazos*. Siglo XXI editores, 1989. Impreso.

García Márquez, Gabriel. *Doce cuestos peregrinos*. Oveja Negra, 1992. Impreso.

Gaviria, Alejandro. *En defensa del humanismo. Reflexiones para tiempos difíciles*. Editorial Ariel, 2021. Impreso.
—. *Siquiera tenemos las palabras*. Ariel, 2021. Impreso.
—. *Hoy es siempre todavía. La historia de cómo descubrí que el cáncer es como la vida*. Editorial Ariel, 2018. Impreso.

Gracián, Baltasar. *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*. Biblok, 2014. Impreso.

Gardner, Howard. *Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica*. Paidós, 1983. Impreso.

Guibert, Rita. *Siete voces. Entrevista a Julio Cortázar*. Organización Editorial Novaro 1974. Impreso.

Hawking, Stephen. *Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros*. Editorial Crítica, 1989. Impreso.

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *La Fenomenología del Espíritu*. Siglo del Hombre Editores, 2022. Impreso.

Horkheimer, Max., & Adorno, Theodor. *Dialéctica de la Ilustración*. Ediciones Akal, 2007. Impreso.

Huxley, Aldous. *Un mundo feliz*. Debolsillo, 2013. Impreso.

Kafka, Franz. *La Metamorfosis*. Panamericana, 1996. Impreso.

Kant, Immanuel. *Filosofía de la historia*. Terramar Ediciones, 2004. Impreso.

Marx, Karl., & Engels, Friedrich. *Manifiesto del Partido Comunista*. Siglo XXI Editores, 2014. Impreso.

Melville, Herman. *Bartleby, el escribiente*. Pinguen Clásicos, 2019. Impreso.

Mendoza, Mario. *Leer es resistir*. Editorial Planeta, 2022. Impreso.
—. *La importancia de morir a tiempo*. Editorial Planeta, 2019. Impreso.

Montejo, Eugenio. *Obra completa: I poesía*. Pre-Textos, 2021. Impreso.

Moro, Tomás. *Utopía*. Austral, 1999. Impreso.

Nietzsche, Friedrich. *El Anticristo: Maldición Sobre el Cristianismo*. Alianza Editorial, 2011. Impreso.
—. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Editorial Tecnos, 2006. Impreso.
—. *Aurora*. Editorial Bedout, 1974. Impreso.

Orwell, George. *La Rebelión de la Granja*. Penguin Random House Grupo Editorial, 2021. Impreso.
—. *1984*. Debolsillo, 2014. Impreso.

Ospina, William. *La Lámpara Maravillosa*. Random House, 2019. Impreso.

Platón. *Diálogos V*. Gredos, 2021. Impreso.
—. *El Banquete, Fedón y Fedro*. Ediciones Orbis, 1983. Impreso.
—. *Sofista, o del ser*. Obras completas: Aguilar, 1966. Impreso.

Poe, Edgar Allan. *Cuentos I*. Alianza Editorial, 2010. Impreso.

Rubén Darío. *Antología poética*. Losada, 1966. Impreso.

Saramago, José. *Las intermitencias de la muerte*. Alfaguara, 2022. Impreso.
—. *Ensayo sobre la ceguera*. Alfaguara, 2010. Impreso.

Sartre, Jean-Paul. *La nausea*. Siglo del Hombre, 2008. Impreso.
—. *El ser y la nada*. Losada, 2004. Impreso.
—. *El existencialismo es un humanismo*. Losada, 1998. Impreso.

Steinbeck, John. *Al este del Edén*. Ediciones Orbis, 1952. Impreso.

Storni, Alfonsina. *Antología poética*. Colección Austral, 1951. Impreso.

Sztajnszrajber, Darío. *¿Para qué sirve la filosofía?* Paidós, 2018. Impreso.

Tolstói, León. *Memorias: Infancia, adolescencia y juventud*. Ediciones Aguilar, 1977. Impreso.

Von Goethe, Johann Wolfgang. *Fausto*. Editorial Porrua, 1977. Impreso.

Whitman, Walt. *Hojas de Hierba*. Editorial Palabra Menor, 1969. Impreso.

Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus Logico-Philosophicus*. Siglo XXI editores, 2012. Impreso.

Zamiatin, Yevgueni. *Nosotros*. Akal, 2008. Impreso.

Zuleta, Estanislao. *Educación y Democracia*. Editorial Ariel, 2020. Impreso.
—. *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Ariel, 2020. Impreso.

—. *Conversaciones*. Ariel, 2020. Impreso.
—. *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Editorial Ariel, 2017. Impreso.
—. *La Aparición de la Lógica y la Crítica*. Editorial Ariel, 2022. Impreso.

Referencias de Artículos electrónicos

Gardner, Howard. "Inteligencias múltiples veinte años después". *Revista de Psicología y Educación*, 1(1), 2005, 27-34.

López-Guzmán, J.A. «Hegemonía del conocimiento académico: entre silenciamientos y borramientos». *Revista Latinoamericana de Educación y Estudios Interculturales (RLEEI)*, 7(2), 2023, 19-29.
—. «El poder simbólico y social de los papers». *Revista Latinoamericana de Educación y Estudios Interculturales (RLEEI)*, 6(3), 2022, 39-50.
—. «Fetichización del paper y capitalismo cognitivo». *Revista Latinoamericana de Educación y Estudios Interculturales (RLEEI)*, 5(4), 2021, 53-62.

Orozco Muriel, N. «Agnotología y filosofía: la importancia del estudio de la ignorancia». Revista Horizonte Independiente, Vol. II, 2021, Colección C:1–C20. Web.

Referencias de artículos en la web

Asimov, Isaac. *Un culto a la ignorancia*. Newsweek Magazine, 1980.

Huxley, Aldous. *No hay que renunciar a la inteligencia*. Unesco, 1933.

Referencias de conferencias en la web

Garzón, Jaime. «Conferencia inédita de Jaime Garzón, en la U. de Caldas (1996)». YouTube, subido por la *Universidad Autónoma de Occidente*, 12 de agosto de 2013.
—. «Jaime Garzón en la Universidad Nacional - 1996». YouTube, subido por *Andrés.*, 6 de junio de 2013.
—. «Jaime Garzón en la UAO, «La universidad es la mejor etapa de la vida». YouTube, subido por la *Universidad Autónoma de Occidente*, 13 de agosto de 2019.

Referencias de películas

El Lado Oscuro del Corazón. Dirigida por Eliseo Subiela, 1992. Fílmico.

El Maestro que Prometió el Mar. Dirigida por Patricia Font, 2023. Fílmico.

La Sociedad de los Poetas Muertos. Dirigida por Peter Weir, 1989. Fílmico.

Medianoche en París. Dirigida por Woody Allen, 2011. Fílmico.

Radical. Dirigida por Christopher Zalla, 2023. Fílmico.

Referencias musicales

Calle 13. «*El Aguante*», 2014.

Enrique Santos Discépolo. «*Cambalache*», 1934.

John Lennon. «*Imagine*», 1971.

Julio Jaramillo. «*Reminiscencias*», 1989.

The Beatles. «*Yesterday*», 1965.

Wolfgang Amadeus Mozart. «Don Giovanni», 1787.

Referencias pictóricas

Van Gogh, Vincent. *Anciano en pena (En la puerta de la eternidad)*, 1890, Kröller-Müller Museum, Otterlo.

COLECCIÓN DE FILOSOFÍA

Este escrito está dedicado a los jóvenes que han desafiado su destino a través del quehacer cotidiano de crear y recrear conocimientos «otros», epistemologías barriales y ontologías marginales. Estos fragmentos recrean las múltiples maneras en que han resistido desde las calles, aterrizando la formación filosófica al mundo terrenal.

JORGE ALBERTO LÓPEZ-GUZMÁN
Columnista en la Revista Horizonte Independiente, Antropólogo, Politólogo, Filósofo, Especialista en Gobierno y Políticas Públicas, Magister en Gobierno y Políticas Públicas de la Universidad del Cauca. Actualmente es candidato a Doctor en Antropología, también de la Universidad del Cauca.

CASA EDITORIAL HORIZONTE INDEPENDIENTE